

Historiografía salvadoreña de 1950 a 2000

Josefa Viegas Guillem

Resumen

La autora realiza una sistematización de los principales libros, proyectos, autores, líneas de investigación y temáticas históricas encontradas en El Salvador en el período de 1950 a 2000.

En una revisión por décadas se señalan los cambios de liderazgo en el análisis histórico desde los espacios públicos de la Universidad de El Salvador y el Estado, a otros como la Universidad José Simeón Cañas. Se incide en el contexto social y político que cada proyecto histórico tiene para explicar el éxito, fracaso o transcurso de éste. A la historiografía salvadoreña le han interesado fundamentalmente las temáticas en relación a la caracterización del Estado, a algunos miembros de las elites gobernantes, a movimientos sociales; muy centrada en la historia contemporánea y con muchas dificultades en la consulta de fuentes de archivo organizadas.

Al final del periodo se abre por fin en dos universidades (UES y UTEC) la Licenciatura en Historia, esperanza para la inauguración de una generación de historiadores e historiadoras formadas por vez primera en el país, rompiendo con la habitual definición del historiador empírico.

1. Introducción

Realizar un estudio sobre la historiografía salvadoreña de la última mitad del siglo XX significa enfrentarse a un vacío de estudios sobre la producción histórica del más pequeño país del continente americano. Es muy común repetir en El Salvador que a sus habitantes no les interesa el pasado, pues en sus decisiones priman las preocupaciones del presente inmediato, buscando satisfacer la necesidad de una subsistencia diaria por encima de reflexiones históricas. Sin embargo, otros países de la región Centroamericana con características similares al nuestro han mantenido una producción historiográfica mayor a la de El Salvador y existen instituciones que han promovido durante mucho tiempo los estudios históricos.

Mientras tanto, en El Salvador ha sido muy complejo mantener un proyecto activo y continuado por más de algunos pocos años. Los esfuerzos realizados por los historiadores han sido admirables, cuando sin formación en historia han mantenido el interés por el descubrimiento del pasado, a su modo y manera, en un contexto adverso a la producción intelectual.

Por otro lado, los proble-

mas con las fuentes primarias no han ayudado mucho al desarrollo de la historiografía. En El Salvador, se ha perdido mucha documentación valiosa, siendo especialmente difícil dedicarse a la investigación sobre los siglos XVI al XVIII, ya que se quemó en 1889, en el incendio del Palacio Nacional, donde se encontraba el archivo. Unido a esto, cabe señalar los problemas de la dispersión de las fuentes y en general de la bibliografía, que dificultan cualquier trabajo de consulta.

La bibliografía para el acercamiento a la historiografía salvadoreña se encuentra en una pequeña publicación de la Universidad de El Salvador que agrupa una bibliografía básica. Este es el punto de partida de cualquier trabajo historiográfico.

Las características generales de la producción historiográfica salvadoreña nos hablan de una historiografía que todavía está iniciándose y en desarrollo. Se trata a grandes líneas de una producción pobre teórica y metodológicamente, apenas unos trescientos libros en los que hay muchas reimpressiones en la última mitad del siglo XX y como hemos indicado, realizada por historiadores empíricos, con intereses mayormente políticos,

fijada en grandes personajes y a favor de la historia patria. (Silva y Viegas, 2003:114-118)

Tras la realización del estudio sobre la historiografía las conclusiones verifican estas aproximaciones iniciales, sin embargo, la problemática se torna más compleja. El desinterés por el pasado no es cierto, y tal como vamos a ver, la sociedad salvadoreña desde distintos ángulos ha tenido muy presente la reflexión sobre el pasado. En cierta manera, El Salvador mantiene una extraña relación con la historia. No se ha desarrollado una historiografía escrita muy fuerte, que documente y explique sobre lo que fue El Salvador; aún así, los procesos históricos de los últimos cincuenta años han estado plagados de referencias históricas.

En estas cinco décadas vamos a tomar en cuenta los proyectos que buscaron echar a andar una historia académica en el país. La preocupación por la historia hizo que en múltiples ocasiones se intentaran poner las bases para una producción histórica seria. En este artículo vamos a dar cuenta de estos proyectos, en su contextualización histórica.

Hemos dividido el artículo en cinco partes distintas las cuales mantienen un orden

cronológico. La primera parte se centra en los años cincuenta. En este periodo se inicia la historiografía académica en El Salvador. Al mismo tiempo que en un ambiente de búsqueda de la salvadoreñidad, cabe un proyecto de rescate de fuentes muy importante y un proyecto cultural de definición de la salvadoreñidad. La segunda parte aborda la construcción de una historia alternativa a la oficialista desde la izquierda salvadoreña y que abona su proyecto político en la década de los sesenta y setenta. La tercera parte hace referencia a los años ochenta y la locura de la guerra civil. Es un momento de ausencia de reflexión histórica escrita frente a la necesidad imperiosa del conflicto el cual canaliza todas las fuerzas gubernamentales e izquierdistas. La cuarta parte nos habla del surgimiento de los estudios históricos en El Salvador tras la firma de los Acuerdos de Paz. En este nuevo contexto se produce una apuesta por la historia académica, por el rescate de fuentes y un empuje a la publicación de nuevos textos y la reedición de otros antiguos. La quinta y última parte nos habla de las perspectivas de futuro y los retos para mantener los proyectos iniciados en la última década.

2. *El proyecto de los años cincuenta*

Nuestro periodo de estudio de la historiografía salvadoreña comienza en los años cincuenta, cuando se inició un periodo de apertura democrática y transformación social en El Salvador, similar a otros países de la región centroamericana y que ha sido llamada en nuestro país «La Revolución del 48». Las transformaciones realizadas y el espíritu democrático pusieron en práctica un proyecto de transformaciones sociales que llevó aparejado un proyecto cultural del que vamos a dar cuenta por sus vinculaciones con la historia nacional.

La dictadura de Maximiliano Hernández Martínez, quien se mantenía en el poder desde 1931, se vio derrotada frente a una serie de acontecimientos ocurridos en 1944, cuando una conspiración de civiles y de oficiales jóvenes fue sofocada con extrema represión, desatando una huelga decretada el 28 de abril de 1944 por estudiantes universitarios que se transformó en huelga general. Esta, finalmente, hizo caer al dictador. Desde la caída del martinato hasta el llamado “Golpe de los Mayores” del 14 de diciembre de

1948, en el país se suceden una serie de acontecimientos que expresan el momento de crisis y reubicación de fuerzas por la sucesión en el poder. Tres presidentes distintos, convocatoria de elecciones que finalmente acabó en amañó, un golpe de Estado de los altos mandos del ejército finalizaron en un nuevo proyecto político y social en torno a una Junta Cívico-Militar.

La propuesta de la Junta significaba un giro político y una apertura democrática, ya que pretendían elevar el nivel de vida de los salvadoreños a partir de reformas institucionales. Se convocaba a elecciones para presidente pero también para elegir una Asamblea Constituyente que acabó con la aprobación de la Constitución de 1950. Este espíritu abarcó toda la época.

El nuevo proyecto político y social salvadoreño protagonizado por el coronel Óscar Osorio desde el 14 de septiembre de 1950 y a partir de 1956 con el coronel José María Lemus, al frente del Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD), partido oficial, se debatió en todo momento entre un discurso democratizador y unas fuerzas de oposición que-

nes presionaban por una mayor apertura; al mismo momento que la oligarquía continuaba dominando el espacio económico. Finalmente se convirtió cada vez en un régimen más excluyente y violento contra la oposición de izquierdas y de partido único, el PRUD.

Sin duda en este periodo se incentivó un proceso de modernización de la economía bajo la influencia de la CEPAL, en donde el Estado tenía un papel más dinámico que jugar. Se pusieron las bases para el desarrollo posterior del Mercado Común Centroamericano y hubo una política de fomento industrial (Rojas, 1992).

Este proyecto político de apertura democrática se combinó con un proyecto educativo y cultural en manos del Ministerio de Cultura a cargo de dos personas a lo largo de la década, Reynaldo Galindo Pohl, quien había formado parte de la Junta Cívico Militar en la época de Osorio y del Dr. Mauricio Guzmán, en la época de Lemus.

Las directrices en educación fueron principalmente la lucha contra el analfabetismo a partir de la expansión de las escuelas y de la formación de adultos, además de la experimenta-

ción pedagógica. Se le dio suma importancia a los materiales bibliográficos y se creó una unidad de Bibliotecas ambulantes (Memoria 1950-1951:32-33) que recorría el país llevando libros a diferentes lugares, se le dio apoyo a la Biblioteca Nacional a partir de la compra de libros y la intensificación del canje.

2.1. El proyecto cultural

Estas actuaciones estaban encaminadas en la búsqueda de la salvadoreñidad en todas las facetas. Se le dio impulso a la producción salvadoreña, literaria y también histórica. En primer lugar se realizó una búsqueda sistemática de la producción de libros de autores nacionales que tendrá como resultado la Bibliografía salvadoreña: lista preliminar por autores (Bibliografía, 1952). Además se difundió la producción nacional a partir de actividades culturales diversas de intelectuales salvadoreños. Un punto importante en esta difusión fue la celebración de la Primera Exposición del Libro Salvadoreño el 4 de diciembre de 1952, en el Instituto Nacional General Francisco Menéndez donde más de dos mil quinientas obras fueron presentadas. (Memoria 1952-1953:50). En la

labor de difusión de la cultura salvadoreña, destacó la creación de dos espacios muy interesantes los Premios de Cultura y una editorial del Ministerio de Cultura.

El Departamento de Publicaciones del Ministerio fue un hecho a partir de 1953, a cargo de Ricardo Trigueros de León. (Memoria, 1953-1954,:9,63-64) Significó un espacio de edición y de difusión del pensamiento salvadoreño y estuvo presente con mucha fuerza en el panorama nacional y centroamericano. La editorial publicó obras y monografías pero también fue responsable de una publicación periódica, la revista *Cultura*, en donde se difundieron las actividades, ensayos, conferencias y artículos de interés. Después de la primera época en que se le dio mucha importancia y apoyo, decayó posteriormente, haciéndose irregular su publicación.

La Editorial del Ministerio fue la protagonista de la publicación de multitud de libros de historia, es más, fue el principal canal de edición y por lo tanto de difusión de la historia escrita. En este sentido destaca el fuerte impulso que la Dirección de las Publicaciones y otros espacios de edición del Gobier-

no le dieron a la historia escrita de Lardé y Larín con más de una decena de libros sobre distintos temas en referencia a la historia patria.

En general, desde la editorial del estado se publicaban libros y artículos en la revista *Cultura* de historiadores tradicionales, algunos vinculados a la Academia de la Historia como Manuel Alfonso Fagoaga, Roberto Molina y Morales, Víctor Jerez o Manuel Vidal. Y en especial los últimos libros de la ingente obra de recopilación documental de Miguel Ángel García.

Por parte del Ministerio se realizó también una labor de búsqueda y rescate de espacios arqueológicos. En este sentido, es especialmente considerable la excavación y rescate de las ruinas prehispánicas del Tazumal, El Trapiche, San Andrés y Cihuatán (Memoria, 1954-1955:11). En la restauración de estos espacios se puso atención a poder habilitarlos como lugar de visita para los salvadoreños. De esta forma, el edificio central de El Tazumal fue restaurado al modo y manera de poder entrar en contacto con la pirámide principal, se reconstruyó bajo los lineamientos de restauración arqueológica

propios de los años cincuenta y primando la idea de que los visitantes interactuaran con los espacios arqueológicos. En esta labor de habilitación de espacios recreativos vinculados a la nacionalidad destaca también la actuación realizada en el Museo Nacional “David J. Guzmán”, bajo la dirección de Jorge Lardé y Larín, historiador y quien dejó su puesto en 1956 para acceder al cargo de Viceministro en el ramo de Cultura. Se procedió al inventario, estimación de bienes, de clasificación de piezas. El Museo además se entendió también como un espacio de consulta, donde poder resolver las dudas sobre historia y por ello se levantaron índices cronológicos y se recopilaron y catalogaron documentos históricos. (Memoria, 1957-1958:157-158)

El proyecto educativo y cultural de la década de los cincuenta buscó sustentarse en un nuevo renacer de la nacionalidad, de la salvadoreñidad y del civismo. Los puntos anteriormente mencionados se enmarcan en un proyecto de memoria más amplio. Desde el Ministerio se tomaron medidas para que en las escuelas se difundieran valores cívicos, patrióticos y morales, los cuales fueron entendidos como elementos conjuntos e

inseparables. Las primeras actuaciones al respecto vinieron de la mano de las celebraciones cívicas del 15 de septiembre, celebrando la Independencia de El Salvador y de las demás repúblicas centroamericanas de España en 1821. Con Osorio se introduce una nueva forma de celebración patriótica. En la llamada «Semana Cívica» se concentraron actividades relacionadas con la Patria, a partir de las escuelas públicas y de los proyectos de alfabetización de adultos:

Aún en el campo fue espectáculo conmovedor el contemplar los ranchos pajizos adornados con la bandera nacional hecha de papel. Desfiles, carrozas, dramatizaciones, concursos, conferencias, alocuciones, cantos, danzas, transmisiones radiales, se usaron en la Semana Cívica. Un ambiente cívico ha saturado la población escolar (Memoria; 1951-1952:15-16).

La ritualización de la celebración cívica fue un completo éxito, los desfiles, muy similares a los que se veían en los Estados Unidos, con muchas banderas de El Salvador, bandas de música, los estudiantes de las escuelas desfilando y las famosas cachi-

porristas, las *cheerleaders*. Unos pocos años después se institucionalizaron las celebraciones patrióticas en el sistema educativo a partir de un Calendario Cívico. (Memoria, 1958-1959:18)

El ritual cívico condensó todo un proyecto de memoria que todavía no está estudiado en profundidad. El esfuerzo y énfasis del proyecto de los años cincuenta en la educación permitió la expansión de las escuelas y la presencia del Ministerio en lugares muy alejados de San Salvador. A partir de estos canales se difundieron las ideas en torno a la salvadoreñidad, la patria y su relación con Centroamérica. Se trata de un discurso que asume la moral, al espíritu patriótico y por lo tanto unido a una interpretación de la historia del país que primaba a los grandes personajes y hechos.

Esta interpretación de las bases de la nacionalidad salvadoreña se sustentó históricamente en los elementos de fundación de la República de El Salvador, esto es, los próceres, la patria personalizada e idealizada, y los símbolos de esta y las efemérides que la celebran. Las palabras del Ministro de Educación en 1957 son:

Es la obligación del Estado

dar a conocer constantemente a nuestra juventud, ese rico legado de recuerdos porque él constituye la tradición histórica base fundamental de la existencia política. Un pueblo sin tradición equivale a un árbol sin raíces. Un pueblo libre sin próceres es inconcebible, porque la libertad implica grandeza y sacrificios. La juventud debe guardar devoción a los fundadores de la patria (...) de aquí la necesidad permanente de cultivar el sentimiento por las cosas nacionales, por lo histórico y políticamente nuestro. (Memoria 1956-1957:34)

Por ello, en el cultivo a la nación y a la patria, el maestro se convierte en «el agente de la patria que día a día debe abrir las almas generosas de niños y jóvenes a la comprensión y el cariño del país» (Memoria, 1953-1954:18)

Esta necesidad de formar a los jóvenes en las escuelas sobre la nacionalidad se concretó en el inicio del periodo en instrucciones a maestros para la enseñanza de la «Formación Cívica», que incluía además de los símbolos patrios y la celebración de las efemérides patrias con especial atención al 15 de Septiembre ya mencionado, la

Constitución de 1950, base del proyecto político de esta década y unido a los ideales de reconstrucción de Centro América, «no se puede ser buen salvadoreño sin ser buen centroamericano» dice Galindo Pohl en su primer año de accionar en el ministerio. (Memoria 1950-1951:8). En este sentido se asumen como parte del proyecto los ideales de unión centroamericana.

La preocupación por la Educación Moral desde el Ministerio se traduce en la convocatoria del «Primer Seminario Nacional de Educación Moral», realizado del 28 al 31 de Julio de 1958 en el Edificio del Instituto Nacional Central de Señoritas. En este seminario se resolverá la necesidad de realizar un cambio en la enseñanza primaria incluyendo una asignatura de “Moral, Urbanidad y Cívica”, en el que a elementos de carácter moralista se incluyeron, necesariamente, elementos patrióticos, recomendándose el uso de cualquier factor educativo para engendrar el amor a la patria y a los símbolos que la representan.

Además de estos elementos propios de una educación nacionalista que pretende la asimilación por parte de los ciudadanos de los conocimientos

básicos sobre la historia patria, en los años cincuenta encontramos también un apoyo efectivo al desarrollo de la historia en El Salvador. Se concretó a partir de tres proyectos.

2.2 El proyecto historiográfico

El proyecto más importante desde el Estado que ha tenido lugar en El Salvador referido a documentación histórica, a excepción de las nuevas acciones de la última década, tuvo lugar a finales de los años cincuenta, en el marco del incentivo cultural del gobierno salvadoreño. El proyecto «Microfilmación, Recopilación y Publicación de Documentos Históricos» tenía tres bases principales. La primera era la construcción de un edificio *ad-hoc* a las necesidades de la Biblioteca y el Archivo Nacionales para poder otorgarles un lugar donde desarrollar sus actividades óptimamente. La segunda fue un proyecto de rescate de fuentes históricas a partir de la nueva tecnología ofrecida por la UNESCO. De este modo, la microfilmación de documentos a través de la Unidad Móvil de Microfilme de UNESCO estuvo bajo la dirección del doctor Francisco Sevillano Colom. En diez meses de trabajo entre 1958 y 1959

se reprodujeron en microfilmes doscientas cincuenta mil páginas de libros y documentos provenientes de la Biblioteca Nacional, el Museo "David J Guzmán", del archivo del Ministerio del Interior, de la Curia y de la Alcaldía de Villa Delgado (Memoria 1957-1958:145-146). El trabajo, intenso, tuvo como resultado la oportunidad de tener reunidos en un solo lugar, el Archivo General de la Nación para poder ser utilizados en la escritura de la historia patria, y con la intención de preservarlos de los habituales problemas de conservación de los documentos.

Por último, la tercera base de este gran proyecto de rescate de fuentes documentales históricas para El Salvador fue la elaboración de un plan para la publicación de documentos, esta vez, de los que se encontraban fuera del país. La motivación era salvar la dispersión y sobretodo la carencia de fuentes primarias a causa de los desastres naturales como terremotos e incendios o la desidia de los responsables. El elegido fue Rodolfo Barón Castro, un historiador salvadoreño especialista en la etapa colonial. Barón Castro, elaboró un Plan para la Preparación de una Colección de documentos Relativos a la Historia de

El Salvador. Consistía en la búsqueda de documentos relativos al país en archivos españoles, fundamentalmente en el Archivo de Indias, y en su publicación en una colección de varios tomos similar a la de otros países, con facilidades para su consulta con índices, e incluyendo mapas, gráficos, sellos, ilustraciones. (Barón Castro, 1958:225-240) El proyecto, sin embargo, jamás se llevó a cabo.

No obstante el proyecto de Barón Castro de sistematizar la documentación histórica en una colección el gobierno no dejó de apoyar la labor iniciada décadas atrás por un personaje sumamente interesante, Miguel Ángel García. Miguel Ángel García comenzó desde la década de los veinte a publicar los primeros tomos de una colección de fuentes históricas titulado Diccionario Histórico-Enciclopédico de la República de El Salvador. (García, 1926-1956) Se trata de un compendio desigual de distintos elementos en el que se incluyen noticias de periódicos, extractos del Diario Oficial, pequeños artículos, fotografías, etc. Esta documentación variada está ordenada y localizada bajo la fórmula de un diccionario histórico donde se incluyen personajes importantes, temáticas o

acontecimientos claves siempre relacionados con la República de El Salvador. Posteriormente, a propósito de efemérides señaladas el autor fue publicando volúmenes dedicados a personajes o instituciones importantes como José Matías Delgado, Manuel José Arce, la Universidad de El Salvador o la ciudad de San Salvador.

El resultado es un compendio *collage*, donde se pueden encontrar fuentes primarias ya desaparecidas.

Miguel Ángel García realizó un esfuerzo enorme de ordenamiento y publicación de las fuentes consultadas. Se trata de una obra incompleta ya que al inicio del periodo que nosotros abarcamos se publicó el último tomo de la colección además de otros dedicados exclusivamente a una institución o personaje principal. Sin embargo la importancia de esta obra es enorme ya que se trata prácticamente la única posibilidad de consultar fuentes publicadas con respecto al país. De hecho la importancia su obra se entiende en un contexto de difícil acceso a los archivos y a la presentación ordenada de la información.

Por supuesto, la necesidad de fomentar el estudio y

conocimiento de la historia patria incitó a la realización de los proyectos anteriormente mencionados para apoyar la labor de los historiadores. Para mientras, como parte también del proyecto cultural se fomentó la labor artística y literaria como vía de transmisión de la salvadoreñidad. En este sentido cabe destacar la interpretación al respecto de Hugo Lindo, un importante escritor de la época quien en el primer número de la revista *Cultura* del Ministerio expone la necesidad del cultivo de la historia, pero asumía la necesidad de «vivir la historia», para ello, propuso el arte como única vía de lograr que la historia se encarne en los ciudadanos: «de eso seremos responsables, escritores, maestros, músicos, pintores, directores de escena, actores, escultores...» (Lindo, Hugo, 1955:14) ¿Qué ocurría? La importancia de la historia era evidente para Lindo, el osorismo por su parte traducía este interés en unas pocas fechas, nombres y ritualizaciones cívicas que canalizaba a través del sistema educativo. Estas ideas tienen sentido en el contexto salvadoreño de los años cincuenta con niveles de analfabetismo enormes y en un desierto historiográfico. En lo que respecto a

la adscripción de los ciudadanos a la patria de El Salvador, tuvo un éxito importante que habría de ser investigado. De hecho, los historiadores de izquierdas de las décadas posteriores asumieron los preceptos patrióticos sin ninguna duda, compartiendo el nacionalismo con el antiimperialismo.

Y para estimular la creación artística Hugo Lindo propuso que se celebraran premios artísticos, lo cual se hizo realidad a partir de 1955. Se convocan con carácter centroamericano, y va a haber distintas especialidades premiadas, derecho, letras, arquitectura, filosofía, ensayo, música. En estos premios se convocaron a fines de la década el V Certamen sobre Biografía del General Francisco Morazán (Bases, 1958:262) mientras que el Directorio Cívico-Militar en 1961 convocó sobre un concurso histórico sobre José Matías Delgado (Concurso, 1961:102)

En definitiva, todo un proyecto de memoria que no se conoce en profundidad y que cabe estudiar y analizar por haber hecho un esfuerzo importante de creación de la memoria. Un proyecto político de reforma que es apoyado desde un proyecto cultural en el que la histo-

ria tiene mucho que decir.

2.3. Barón Castro y Lardé y Larín

En cuanto a la producción historiográfica cabe destacar la labor de dos historiadores salvadoreños contemporáneos y muy distintos entre sí, con respecto a su producción, formación y trayectoria, Rodolfo Barón Castro y Jorge Lardé y Larín. Especialmente con el primero de ellos se inició la historiografía académica en El Salvador, que supera la mera loa de personajes y busca explicaciones sobre los procesos históricos. El trabajo de Lardé y Larín hemos de relacionarlo con el esfuerzo por convertirse en el gran cronista del país.

Rodolfo Barón Castro

La producción historiográfica de Rodolfo Barón Castro está marcada definitivamente por su marcha de El Salvador en 1928 para iniciar una vida dedicada a asuntos diplomáticos en la Embajada de nuestro país en España y en la UNESCO. Barón Castro en los primeros años de estancia en España tuvo la oportunidad de poder integrar los grupos intelectuales de los años treinta, Unamuno, Madariaga,

Valle Inclán... De estos momentos fue fundamental su amistad con Carlos Pereyra, historiador mexicano quien le introdujo en el interés y sobre todo las metodologías de la investigación histórica de la época. Su interés por la historia se volcó en el periodo histórico de su preferencia, y también uno de los menos estudiados en la historiografía salvadoreña, la etapa colonial. Fue miembro fundador de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales, junto con otros historiadores, y fue redactor de la revista *Tierra Firme* de esa misma sociedad. Tras la Guerra Civil Española se integró al Instituto Fernández de Oviedo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y tomó parte en la *Revista de Indias*. Posteriormente, Barón Castro participó de la Universidad Hispanoamericana de la Rábida, de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y el Archivo General de Indias. (Ropero Regidor, 1996:21-31).

La producción historiográfica de Barón Castro no es muy amplia, se reduce a varios artículos que giran en torno a la Independencia, a la Unión Centroamericana o a personajes como Pedro de Alvarado. Sus trabajos fueron publicados inicialmente en España, en revis-

tas de difusión histórica y en las mismas instituciones en las que él trabajó. Sin embargo, existen dos obras de Barón Castro que fueron un referente en la producción histórica nacional y que cuentan con renombre internacional, una de ellas es *La población de El Salvador*. Estudio acerca de su desenvolvimiento desde la época prehispánica hasta nuestros días y la segunda, la *Reseña histórica de la Villa de San Salvador*. *La población de El Salvador*, como indica de forma clara el título, es un estudio histórico sobre la población salvadoreña desde antes de la conquista hasta los años treinta del siglo XX. El autor muestra un mayor énfasis en la época colonial, su periodo de mayor conocimiento gracias al trabajo de años en archivos españoles. La primera edición se publicó en España en 1942 (Barón Castro, 1942) y la segunda es publicada en El Salvador gracias al apoyo de Ítalo López Vallecillos en la Universidad Centroamericana «José Siméon Cañas», UCA, en 1978. (Barón Castro, 1978). *La población* significa una obra pionera en los estudios de la demografía histórica, con una enorme repercusión que el mismo autor se encarga de explicar en el prefacio a la segunda edición.

(Barón Castro; 1978: I-XXXI). El libro fue muy conocido en El Salvador pero también en toda América gracias a la novedosa aproximación a la temática de la demografía histórica.

La *Reseña Histórica* cuenta también con dos ediciones, una en Madrid, en los años 50 (Barón Castro, 1950) y otra al final de nuestro periodo, de la Dirección de Publicaciones en El Salvador (Barón Castro, 1996). La *Reseña* es un estudio pormenorizado sobre los primeros momentos de la vida en El Salvador, tras la conquista por Pedro de Alvarado, centrado en la villa de San Salvador y la problemática sobre su fecha y lugar de fundación, mostrando una enorme capacidad de búsqueda y análisis de la documentación colonial.

Barón Castro fue un historiador muy meticuloso y exhaustivo. Fue el primer historiador formado académicamente, a pesar de que no poseía ningún título universitario en historia. Esta formación académica, el acceso al Archivo de Indias y una enorme capacidad de trabajo le permitieron entrar en contacto con las tendencias españolas y europeas, lo cual le exigió una búsqueda de la ex-

plicación histórica, más allá del dato y la fecha, rigurosa en sus planteamientos, pero también en el plano más formal, el de las transcripciones bien hechas, o en las fuentes inéditas. Barón Castro fue un crítico muy directo y sincero, rayando en ciertos casos la prepotencia, mostrando en todo momento los errores de transcripción y de análisis que él atribuye en parte a la carencia de fuentes coloniales en El Salvador, pero también a la incapacidad de los historiadores locales. «Estimo que la historia salvadoreña ha adolecido generalmente, por lo que se refiere a las épocas de la Conquista y la Colonia, de venirse construyendo casi por entero a base de las narraciones de los cronistas,» (Barón Castro, 1996:84). Dice en una referencia a un autor local «pero lo estimo [este dato] no menos alejado de la realidad de los hechos que otros muchos manejados por este autor, el cual, pese a los relevantes méritos que adornan sus escritos, admirados justamente, incurrió con demasiada frecuencia en erróneas apreciaciones, originadas en la precaria veracidad de muchas de sus fuentes informativas» (Barón Castro, 1996:204). Su propuesta fue la revisión exhaustiva de fuentes primarias

provenientes fundamentalmente del Archivo de Indias y de un celo extremo por esta consulta y por la preocupación por los documentos, aprovechando su texto para señalar la poca sensibilidad hacia el resguardo de la documentación histórica, la pérdida de esta en El Salvador, y siempre haciendo gala de su información y capacidad.

Barón Castro estudió la población de El Salvador estimándola como un camino hacia el completo mestizaje. Interpretó la evolución mestiza siempre en un sentido positivo. A esto se añadía una apreciación del periodo colonial de forma muy positiva, lo cual que no fue muy bien acogido en ciertos sectores locales al interpretarlo como una filiación hispana. «He aquí un pueblo que en los setenta y nueve años que medran entre su independencia y el final de la pasada centuria triplica su población sin otro concurso que el de su propia fuerza vital... Si esto no es el poderío biológico de una raza creada por la conjunción española y aborigen, habría que inventar la explicación.» (Barón Castro, 1978:494). Es preciso señalar que esta fuerza vital se convertirá en un auténtico problema demográfico desde los años sesenta.

Barón Castro, gracias a su exhaustividad en las fuentes, se convirtió en uno de los autores tomados como referencia para las temáticas coloniales. Todo estudio sobre los siglos XVI al XVIII parte necesariamente de Barón Castro y sus aproximaciones. Y en general, como veremos, su celo por las fuentes primarias les sirvió de ventana abierta a otros historiadores imposibilitados por la consulta directa de los documentos coloniales en España.

Jorge Lardé y Larín

Don Jorge Lardé y Larín es el historiador salvadoreño más prolífico de la historiografía salvadoreña, con una treintena de libros y cientos de artículos publicados. Hijo del también interesado en la historia Jorge Lardé, fue un autor con una presencia muy temprana y continuada en los medios de comunicación, en especial en editoriales del periódico *El Diario de Hoy* y vinculado a instancias oficiales en toda la segunda mitad del siglo XX. Así, Lardé y Larín fue subsecretario de Cultura en tiempos de Lemus, y antes director del Museo “David J. Guzmán”, asesor histórico en la Dirección General de Límites desde 1978 y a partir de

1992 laboró en el Departamento de Historia Militar del Ministerio de Defensa. (Cañas-Dinarte, 2002:271-275)

Lardé y Larín fue un historiador empírico, sin una formación sistemática en la labor de investigación histórica y además, fue un investigador muy versátil, ya que abarcó prácticamente todos los temas y periodos de la historia de El Salvador, hasta el punto de que sin duda es el historiador del país con un mayor conocimiento cronístico del pasado. Era un especialista en fechas, datos y anécdotas, de personajes, ciudades y pueblos, acontecimientos, desastres naturales... Es, posiblemente, el gran historiador de El Salvador, un cronista preocupado por los detalles minuciosos. Sin embargo Lardé y Larín se quedaba anclado en el dato, enfatizando el hecho por encima de la explicación histórica. Con un afán enciclopédico. Le cuesta mucho escribir sobre procesos y opta por la narración concatenada de datos históricos, sin preocupación por el aparato crítico, por lo cual, y a diferencia de Barón Castro, se debe citar con mucha cautela.

Una de sus principales obras es *El Salvador, historia*

de sus pueblos, villas y ciudades, publicado en 1957 (Lardé y Larín, 1957) y reimpresso en el año 2000 por la Dirección de Publicaciones e Impresos (Lardé y Larín, 2000), en donde narra datos a propósito de 260 municipios del país junto con una pequeña sinopsis sobre la división político-administrativa de la República y glosarios sobre lenguas nahuat, chortí y otros. Un verdadero mosaico que tiene sentido en la necesidad de los conocimientos más básicos sobre el pasado nacional.

Su labor periodística en forma de pequeñas columnas en periódicos nacionales fue publicada por la Academia de la Historia en dos libros, uno sobre temas coloniales *El Salvador: Descubrimiento, conquista y colonización* (Lardé y Larín, 1983) y otro sobre desastres varios *El Salvador: inundaciones e incendios, erupciones y terremotos* (Lardé y Larín, 1978). Cabe señalar que en ambos volúmenes la labor editorial realizada en la elección de los artículos permitía una lectura cronológica y temática que le dan cierta coherencia que no tienen en sí mismos los artículos históricos los cuales no van más allá de dos o tres páginas.

Uno de los espacios de contacto de Lardé fue la Academia Salvadoreña de la Historia, correspondiente de la Real Academia de Historia en Madrid. Fue la cuarta en fundarse en toda América, después de México, Argentina y Perú. La Academia Salvadoreña nombró sus primeros académicos en 1922 y firmó sus estatutos en 1925. Lardé y Larín fue miembro académico desde 1952 y director Emérito desde 1983 (Estatutos, 2003:10-14).

En el periodo que nos ocupa la Academia sostuvo un interés por la historia del país con un escasísimo presupuesto, sin local permanente, por lo tanto, su labor cabe sintetizarla en unas pocas publicaciones, entre las que se encuentran las de Lardé y Larín y una Estadística General de la República de El Salvador 1858-1861 (Gómez, 1990) y el apoyo en la década de los noventa a Dirección de Publicaciones e Impresos de Concultura en la publicación de obras históricas. Visto así, la Academia no tuvo un papel motivador ni articulador de los estudios históricos en El Salvador, aunque sus miembros realizaron una intensa actividad de difusión de la historia más tradicional, a menudo elitista. De este modo, la labor principal de la Academia

ha sido la de representar la historia patria, resguardar en unos pocos sabios el saber sobre el pasado heroico.

En los años noventa, la Academia también formó parte importante del resurgimiento de los estudios históricos. A pesar de que fue durante todo nuestro periodo un ente más bien pasivo, sin posibilidades de realizar investigaciones internas, al final del periodo y gracias a la actuación de su secretario, Pedro Escalante Arce, la Academia fue un agente activo en la conformación del grupo de historiadores en el Seminario Permanente. No en vano, la Academia de la Historia amplió su nómina de académicos en 1999, acogiendo a once nuevos historiadores salvadoreños y nombrando académicos corresponsales. (Estatutos, 2003:9)

3. La conformación desde la izquierda de una historia nacional

Los años sesenta y setenta significan en El Salvador un nuevo periodo de intentos frustrados de ampliación de los espacios políticos y de cambios en los planos económico y social, y finalmente desencadenaron en el conflicto bélico de los años ochenta.

Fueron los años del Mercado Común Centroamericano y de la Alianza para el Progreso tras la Revolución Cubana. Los acontecimientos políticos desde la caída del Presidente Lemus hasta 1972, con la llegada al poder del Coronel Arturo Armando Molina han sido definidos por un autor como de “montaña rusa vertiginosa” (Walter, Ideales 2000:470). Todo movimiento para la reforma política y económica chocó con los intereses empresariales, especialmente agrícolas, quienes apostaron por reforzar los elementos represivos del Estado en contra de cualquier oposición.

Desde el punto de vista del análisis historiográfico estas dos décadas fueron cruciales puesto que significan la estructuración del pensamiento histórico de izquierdas. Es lo más cercano a una generación de historiadores en la historiografía salvadoreña. Fueron un grupo de historiadores con unos fines claros y precisos sobre su producción intelectual, la de desvelar la verdadera historia. Los protagonistas fueron Rafael Menjívar, Jorge Arias Gómez, Alejandro Dagoberto Marroquín, Juan Mario Castellanos, Roque Dalton, Ítalo López Vallecillos, Rafael Cáceres Prendes y

Rafael Guidos Véjar. Todos, vinculados a la oposición política, y en gran medida a la Universidad de El Salvador, centro de oposición ideológica más radical al Estado, combinaron estas actividades con su labor intelectual. El objetivo estaba muy claro, elaborar un discurso legitimador que fundamentara las acciones políticas y diera solidez al movimiento de izquierdas. En este sentido, la historia fue uno de los instrumentos más utilizados, y un auténtico apoyo al eje articulador al discurso político. La opción historiográfica fue la de realizar una explicación académica del pasado ya que la cientificidad significaba veracidad. El papel de estos elementos históricos en la labor ideológica de difusión del movimiento está todavía por investigar con profundidad, en especial en sus aportaciones a la memoria de todos los salvadoreños y salvadoreñas, las formas de transmisión de estas, los canales de comunicación de la izquierda, donde la política, la historia, la memoria y la acción social se entremezclan.

3.1 Características generales

La obra de conjunto de estos autores presenta una alternativa a la interpretación histórica

de El Salvador, fue y es «la otra historia», la alternativa a la promulgada por el Estado en sus discursos y en las escuelas. La historia jamás contada, oculta tras los velos de los próceres de la Independencia y que ha de ser desvelada. El poeta Roque Dalton sentenció en un poema: «No existen “los misterios de la Historia”./Existen las falsificaciones de la Historia, las mentiras de quienes escriben la Historia» (Dalton 1980:226). Marroquín, por su parte, realizó una caracterización sobre los libros de historia, escritos de forma habitual en el país. Para él la historiografía tradicional escribía libros que primaban la descripción de los hechos, con un enfoque político único, donde los datos históricos se convertían en el centro del discurso, con sujetos históricos definidos por las grandes personalidades y en un desconocimiento de las técnicas más básicas de investigación histórica.

En oposición a esta definición el autor proponía, desde luego, una historia explicativa del pasado a partir de un enfoque integral donde son tomados en cuenta los distintos aspectos de la sociedad, esto es, la economía, la política, la cultura; el pueblo salvadoreño como sujeto

fundamental de su propia historia y realizada desde una perspectiva científica y académica siempre vinculada al aspecto político. (Marroquín; 1962:19-21)

Bajo este supuesto, los autores construyeron una historia propia del pueblo salvadoreño, que desvelaba y explicaba la barbarie, la violencia, la represión y la instrumentalización del Estado para fines oligarcas. Cada uno, apoyándose en su formación universitaria inicial estudió el pasado salvadoreño con énfasis en los procesos económicos y sociales, la construcción del Estado y búsqueda de los verdaderos héroes del pueblo salvadoreño. Siempre todos con una visión común sobre su trabajo: la historia como instrumento para la lucha política, para la revolución, la acción y el cambio social. Verdadero motor de búsqueda para la investigación puesto que otorgaba elementos que legitimaban la acción social, oportuna, necesaria, irremplazable e impostergable.

Los elementos teóricos de estos autores fueron los modelos marxistas. Constituyen los pilares sobre los cuales construyeron los discursos históricos. Fueron conocedores de la pro-

ducción histórica vinculada al desarrollo del análisis marxista en todo el continente americano, gracias a sus viajes (muchos de ellos debido al exilio) habían leído las aproximaciones históricas desde la izquierda al pasado de otros países y los utilizaron como excelentes ejemplos y modelos en los cuales apoyarse. Por ejemplo, Menjívar y Marroquín básicos en esta generación, estudiaron en Chile y en México respectivamente, en espacios con mayor producción histórica. Guido Véjar produce desde Inglaterra. Dalton en parte desde Cuba, en parte en Checoslovaquia. Son autores capaces de observar a su país desde otra perspectiva y con otros ojos.

Los estudios realizados, siempre compaginados con la actividad política, fueron escritos en muchas ocasiones fuera del país, a menudo en el exilio. Incluso estos sus escritos circularon de mano en mano mecanografiados e inéditos hasta años después, cuando pudieron publicarse. Los vehículos de edición de estos autores fueron en los años sesenta la Universidad de El Salvador a partir de su Editorial Universitaria, así como la editorial de la UCA y la editorial centroamericana, EDUCA, con sede en Costa Rica. Además, fue-

ron muy importantes las publicaciones periódicas, sobre todo en los años sesenta, cuando el presupuesto de la Universidad lo permitía. Hablamos fundamentalmente de *La Universidad* órgano principal de difusión de la Universidad de El Salvador desde el siglo XIX, y aunque irregular, fue publicada en los años cincuenta, sesenta y setenta, con muchas dificultades a partir de 1972, con la toma de la ciudad universitaria, y cuando la institución entra definitivamente en crisis. En *La Universidad* se publica el conocido artículo de Arias Gómez «Anastasio Aquino. Recuerdo, Valoración y Presencia», indígena nonualco de la zona central de El Salvador, convertido por el autor en héroe del levantamiento de 1833 y del que se realizó un sobretiro dada su importancia. (Arias Gómez, 1964). Por otra parte, la complejización de la Universidad de El Salvador a partir de nuevas instancias académicas desde de los años cincuenta, fomentó la creación de otros espacios de difusión, por ejemplo, *Economía Salvadoreña*, órgano de la Facultad de Economía a lo largo de los años sesenta y setenta, y después del Instituto de Estudios Económicos a partir de su creación en 1957, donde se expresan

Rafael Menjívar y Alejandro Dago-
berto Marroquín.

Los estudios históricos de estos autores no se realizaron *in situ* en El Salvador. A lo cual debemos añadir la escasa formación histórica de estos autores. Como consecuencia de ello, las investigaciones se basaron en bibliografía y en ciertas fuentes primarias conocidas a partir de otros estudios. El tratamiento nulo o parcial de fuentes primarias significa una de las principales debilidades de la producción histórica desde la izquierda. Al no realizar una consulta sistemática de los archivos del país, (por distintas razones entre las que se debían encontrar la imposibilidad física aunque también la no recomendación política), las fuentes publicadas se convirtieron en la parte esencial para estos autores. De este modo, Browning y Barón Castro con su profusión de fuentes de archivo apoyaron la carencia de consulta de documentos primarios. Estos autores proporcionaron los datos que fueron reinterpretados en el contexto de la explicación de izquierdas. Destaca en este sentido, como veremos, Rafael Menjívar, quien gracias a una enorme capacidad de abstracción articuló un discurso histórico muy coherente

sin consulta directa de los documentos.

En cuanto a los tiempos y periodos preferidos, para estos autores la historia contemporánea, sin duda, es la prioritaria. Sus preocupaciones históricas se situaron en el siglo XIX y el XX. Esto era así por diferentes razones. En primer lugar, en la contemporaneidad surgió el capitalismo salvadoreño, la oligarquía, y fue el momento de expansión del café, principal producto de exportación en El Salvador. Pero también en los siglos XIX y XX surgió el Estado, uno de sus principales puntos de interés temático en su articulación con la economía. Además, los tiempos contemporáneos ofrecían una sociedad asequible a ellos, debido a que no tienen una formación académica en historia, pero sí en derecho, en economía o en sociología. De esta forma, los periodos prehispánicos y coloniales fueron considerados meros antecedentes para la explicación de los siglos contemporáneos. De este modo su explicación de la historia de El Salvador va a quedar reducida a los dos últimos siglos, a la época republicana.

Los sujetos históricos de la historia realizada por estos historiadores priorizó las clases

sociales por encima de cualquier otra variable social, debido a que utilizaban los lentes marxistas para interpretar la sociedad salvadoreña. Por ello mismo, los protagonistas de la historia del país no fueron identificados ni diferenciados étnicamente.

No debemos olvidar el marcado sesgo nacionalista de estos autores. Compaginaron sin problema la escritura de una historia de izquierdas, marxista, antiimperialista y a la vez patriótica. Lucha de clases y patria no estuvieron reñidas en sus discursos. La historia que construyeron implicaba una historia patria 'real' y 'verdadera', en la que los próceres de familias nobles cedían el espacio a los héroes de la izquierda y al pueblo en general y donde los acontecimientos políticos dejaban paso a los procesos históricos.

3.2. Temáticas y autores

Menjívar y Guidos Béjar:

EL ESTADO Y LA TIERRA

Rafael Menjívar y Rafael Guidos Véjar realizaron su aportación historiográfica a partir de estudios sobre el Estado y la vinculación a los procesos económicos, en especial, relacionados con la

tierra y su explotación. De igual manera que el resto de los historiadores de izquierdas, Menjívar y Guidos partieron de la problemática que vivían. Y en ese sentido la polarización política de los años sesenta y setenta les ofrecía insumos suficientes para preguntarse sobre las raíces y el proceso de conformación de un Estado que a su modo de ver protegía los intereses económicos de la oligarquía. En un país agrario como El Salvador hablar de economía era hablar de la tierra, de su explotación y del sistema de propiedad.

El tema, además, estaba en la acalorada discusión política del momento. Desde los años cincuenta se vivían los mejores tiempos para la economía salvadoreña. Precios altos de exportación del café, la introducción del cultivo de algodón y de la caña de azúcar como productos dedicados a la exportación abonaban una creciente economía salvadoreña. A lo cual había de añadir el plan de desarrollo industrial, como sustitución de importaciones, desde los cincuenta desarrollado en gran medida a partir del Mercado Común Centroamericano (MCCA). Los sesenta son, sin lugar a dudas, los momentos de mayor crecimiento económico en el país. Además de la de-

forestación tremenda que sufrió el paisaje salvadoreño, la introducción de los nuevos cultivos, en especial, el algodón, enfatizaba el quiebre social existente en el país entre muy pocos ricos y una mayoría inmersa en la pobreza. En el agro, este producto había significado la conversión de muchos colonos en trabajadores asalariados, en muchas ocasiones desempleados, de los cuales, muchos marcharon a las principales ciudades, sobretodo, a la capital, San Salvador.

A este problema hubo que sumar el retorno de decenas de miles de salvadoreños desde Honduras por el conflicto bélico que enfrentó en 1969 a ambos países. La llamada Guerra de las Cien Horas o también Guerra del Fútbol, agudizó el problema de la tierra en El Salvador, en un país con una frontera agrícola limitada, por el poco espacio geográfico y en el clímax de una auténtica explosión demográfica desde los años cincuenta. (Walter, Ideales, 2000:486-494).

En este contexto, la posibilidad de una Reforma Agraria se puso en discusión. El Presidente Fidel Sánchez Hernández anunció como uno de los elementos de su programa la Reforma Agraria en septiembre de

1969 cuando ya se había convocado además un Congreso sobre la Reforma Agraria para enero de 1970. Los representantes de la empresa privada abandonaron el Congreso en expresión de su total aceptación de cualquier cambio en el sistema de tenencia de la tierra (Walter, 2000:496-7).

En este contexto, se situó la preocupación de los intelectuales de izquierdas por la tierra y la historia de la tenencia de la tierra en El Salvador. En especial, Rafael Menjívar, por su formación en economía y su especialización en Chile sobre el ámbito agrario, dedicó parte de sus esfuerzos por investigar sobre estos temas, tanto en El Salvador como en América Latina. En este sentido, a Menjívar le interesó documentar la historia del uso de la tierra. Para ello, apoyándose en bibliografía que abarca todo el continente americano, escribió un pequeño artículo «Breves apuntes históricos del Régimen de Propiedad Agraria en América Latina» que daba a conocer cómo era la propiedad de la tierra en época precolombina, en especial con incas y aztecas, y en la Colonia. Recoge en estas páginas la interpretación de la organización incaica como un equilibrio armónico entre la comunidad y la tierra,

roto por la mente mercantilista de los conquistadores. (Menjívar, 1961:43-54). Menjívar también abonó a la discusión sobre la tierra, el análisis de proyectos de Reforma Agraria ya realizados en América con su estudio *Reforma Agraria. Guatemala, Bolivia, Cuba*. El texto, está dedicado «a los obreros, campesinos, empleados, maestros, estudiantes y profesionales que luchan y trabajan para lograr que el país adquiera su plena independencia política y alcance una estructura social más justa» (Menjívar, 1969:31). Se trataba de una perspectiva comparada y analizada que ofrecía insumos a la discusión en El Salvador.

Sin embargo, fue su obra fundamental, *Acumulación originaria y desarrollo del capitalismo en El Salvador*, la que significó una interpretación política y económica sobre la constitución del Estado salvadoreño en su vinculación a la propiedad de la tierra. (Menjívar, 1980). El trabajo respondía por parte del autor a «intentar explicar los determinantes históricos de la lucha de clases en El Salvador y su especificidad en el marco centroamericano y convencidos de que el periodo de acumulación originaria —la antesala del capitalismo— es determinante

para la interpretación actual de nuestras formaciones» (Menjívar, 1995:19). Con este objetivo Menjívar en Costa Rica, apoyado financieramente por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, y con la ayuda de otras personas en El Salvador quienes le proporcionaron fuentes documentales con las que no contaba, redactó el trabajo final en México entre enero de 1976 y octubre de 1977, tal y como narra en la introducción. La *Acumulación* fue publicada por vez primera en 1980. (Menjívar, 1980) Menjívar, sincero, claro y abierto a las críticas manifestaba que se trataba de un estudio incompleto, con insumos de reflexiones anteriores, que se atrevía a publicarlo debido a que él mismo no lo podía finalizar, y que, sin embargo, podía ser la base para otros estudios. Efectivamente lo fue ya que ha constituido uno de los principales temas de análisis historiográfico. (Menjívar, 1995:20-21).

Menjívar realizó su estudio sobre el origen del capitalismo en El Salvador a partir de la transformación del país en cafetalero y en relación al marco general sobre el desarrollo capitalista. De este modo, establecía tres etapas fundamentales en la constitución capitalista del país.

La primera comenzaba en 1821 con el proceso de Independencia y llegaba hasta la década de los ochenta del siglo XIX, cuando El Salvador se integró a la división internacional del trabajo, y estaba caracterizada por un dominio de las empresas inglesas en la economía del país. La segunda termina en los años treinta del siglo XX y significaba la acumulación del capital por parte de la oligarquía en el país y un cambio en el liderazgo del capitalismo internacional a favor de otros países europeos y de Estados Unidos a partir de 1914 y hasta 1946. La tercera etapa Menjívar la iniciaba desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el momento en que investigaba, los años setenta. Este periodo se caracterizaba por el desarrollo de los Estados como eje del sistema imperialista, con un liderazgo de empresas transnacionales. En esta última etapa, consideraba que el proceso de industrialización tardó al que asistía El Salvador desde mediados de siglo, estaba dominado de nuevo por extranjeros. De esta forma, quedaba definida la dependencia del país en todo momento histórico, en la articulación internacional del capitalismo mundial.

A partir de esta caracte-

rización, Menjívar profundizó en la segunda etapa, asumiendo como objeto de estudio la explicación del origen y los mecanismos de la acumulación originaria de capital que permitieron el desarrollo del sistema capitalista en El Salvador. El procedimiento de acumulación de capital fue a partir del «saqueo de las tierras comunales» de las comunidades campesinas del país. La fórmula fue diferente en otros lugares de América, donde los bienes de la Iglesia o las tierras públicas fueron la base de la acumulación originaria.

Este proceso se inició según el autor a partir de las llamadas «Leyes de extinción de Comunidades y Ejidos» decretadas desde 1881 en adelante, en las que las tierras pertenecientes a las comunidades y municipalidades fueron arrebatadas rápidamente a sus dueños. A través de las leyes se legitimó el paso de las tierras a manos de grandes propietarios pero también a otros propietarios urbanos, como profesiones liberales. Con estas medidas el Estado abría la posibilidad de conseguir tierras para un nuevo cultivo de exportación, el café, sustituyendo al añil como eje de la economía.

La crisis del añil determi-

nada por su sustitución y la consecuente caída de los precios, así como las nuevas formas que asumía a articulación con el capitalismo mundial, fueron planteando a la burguesía del área agraria emergente la necesidad (sic) de la disolución de las relaciones comunitarias en las que el trabajador es propietario de los instrumentos de producción y en las que el trabajo es a la vez fuente de la propiedad y propiedad misma” (Menjívar, 1995:87)

El decreto es un claro ejemplo del liberalismo criollo dominante, de un individualismo extremo, acomodado a la necesidad de ampliar las relaciones mercantiles” (Menjívar, 1995:101)

El texto de Menjívar es académico, profuso en notas, con una gran cantidad de fuentes bibliográficas en las que evidencia su profundo conocimiento de la historia centroamericana y en general latinoamericana.

La tesis principal de Menjívar es clara, aún así, su obra es bastante compleja, e incluye matices regionales. Asimismo mantiene que el fenómeno predominante fue la apropiación de

tierras por parte de grupos medios y terratenientes. (Menjívar, 1995:108-109). Por lo demás, no logró identificar específicamente a los protagonistas del proceso de acumulación originaria, los categoriza con términos diferentes como terratenientes, cafetaleros, burguesía agraria, pero no se preocupa por individualizarlos, sino más bien los visualiza como un grupo, o más bien, una clase.

El autor terminó su estudio identificando a las víctimas de este proceso, la otra cara de la moneda del origen del capitalismo, los campesinos desposeídos. Con el proceso de expropiación de la tierra comunal los antiguos propietarios pasaron a engrosar el «ejército industrial de reserva». Este conformación permitió a la oligarquía contar con mano de obra para sus cultivos del café.

Su tesis la concibió como preliminar, intuyendo que los estudios posteriores matizarían la propuesta principal. «Estamos de acuerdo con el enfoque de Browning en el sentido de que los resultados de todo este periodo no son tan simples como para dejarla de lado con una frase —correcta por lo demás— que subraya el enriquecimiento

de unos pocos y la miseria de los más» (Menjívar, 1995:105)

Menjívar, debido a la distancia, no pudo realizar la consulta directa en archivos. De hecho se vió apoyado desde El Salvador por personas que le facilitaron documentación, en especial, Italo López Vallecillos, su propio hermano y su hijo. Ellos son los ojos de Menjívar en los archivos. En todo caso, como hemos mencionado la obra se fundamentó en esencia con fuentes secundarias, en autores como David Browning, Rodolfo Barón Castro o Marroquín en sus estudios sobre El Salvador, pero también de obras regionales centro-americanas importantes de la época de Edelberto Torres Rivas o de Murdo MacLeod, así como múltiples referencias a Marx. Nuestro autor utiliza las fuentes documentales publicadas en otros textos para articular su discurso, y paliar en ese sentido la falta de consulta de fuentes directas propia de toda investigación histórica. Lo cual, al contrario de desmerecer el trabajo lo revaloriza en la medida en que demuestra la enorme capacidad de inferencia del autor a partir de lecturas y unas algunas fuentes primarias, resultando, paradójicamente, un libro bien documentado.

En relación a la construcción del Estado salvadoreño y su desarrollo político, Rafael Guidos Véjar presentó una interpretación sobre las transformaciones ocurridas a partir de los años treinta en el país. En su libro *Ascenso del Militarismo en El Salvador* (Guidos, 1982) estudió el «repliegue» político de la oligarquía cafetalera del país de la escena principal interponiendo al ejército en la dirección directa del Estado. Otra de las tesis principales sobre el Estado salvadoreño.

Se centró para ello temporalmente en las primeras tres décadas del siglo XX. Y tomó como objeto de estudio a la oligarquía, no solo a su constitución a partir del proceso que ha argumentado Menjívar, sino también a su evolución. Guidos planteó la tesis de la escisión de clase como elemento para interpretar el ascenso de militares al poder político del Estado a partir de 1931. Por lo demás, Guidos planteó que «es en el campo político donde se resuelve la problemática salvadoreña de la época. Es más, es en el nivel político-militar en el que llegan a dividirse las profundas contradicciones sociales» mientras que el orden social se mantienen intactos debido a que no se die-

ron cambios económicos. (Guidos, 1982:8)

La base teórica del estudio de Guidos fue Antonio Gramsci y Leon Zamosc, y partió de la concepción de la formación económico-social. Este marco teórico le ayudó a visualizar la sociedad alejándose de la visión de bloques homogéneos polarizados, burguesía-obreros y campesinos, a la manera de algunos trabajos similares, como el de Alejandro Dagoberto Marroquín sobre los años treinta en el país (Marroquín, 1977). Además, ello le permitió complejizar y matizar la visión sobre las oligarquías:

Es notable, en este período, el proceso de heterogeneización de la clase dominante, primeramente porque una fracción tiene la capacidad de concentrar rápidamente la riqueza del país a través del control de los momentos vitales de la producción cafetera, el crédito, el beneficiado y el comercio exterior, y luego porque, en un mismo movimiento, muestra una gran fuerza de “diversificación productiva.”(Guidos, 1982:203).

En esta diversificación de las clases dominantes observó al

menos dos grupos; por una parte, la fracción oligárquica y cafetalera y por otro la fracción burguesa. Esta última fracción había propuesto una apertura democrática y abrió un diálogo con algunos sectores reformistas de las clases subalternas, a partir de la propuesta vitalista de Alberto Masferrer. El momento del cambio hacia el militarismo fue el gobierno de Arturo Araujo de 1931, que supuso una nueva articulación de un nuevo bloque político que representó la capacidad de mantenerse por parte de las fuerzas burguesas de las clases dominantes, quienes presentan una alternativa no cafetalera a las clases subalternas. El militarismo no fue más, así, que la vuelta al control del Estado de la fracción oligárquica, en palabras del autor:

La fracción oligárquica había sido incapaz de vetar los proyectos de diversificación de la fracción burguesa, pues ésta nunca desatendió los problemas surgidos de la producción cafetera (...) Ahora la fracción oligárquica necesita de esta fracción, por lo cual no la excluía del bloque, pero también debía de infringirle daños en sus intereses por lo cual no podía hacerlos partícipes de la dominación

de nuevo conquistada. Los grupos terratenientes más atrasados, con la finalización del golpe en manos de los militares que respondían a sus lineamientos e intereses, se recuperaban del deterioro que les había inferido el intento de cambio de acumulación y los movimientos populares. Y la dirección política sólo podía estar en manos de los militares, pues la reconstrucción del modelo de acumulación anti-democrática sólo era posible a través de la fuerza castrense. (Guidos, 1982:211)

En definitiva, el estudio de Rafael Guidos Véjar formó parte de sus trabajos académicos, con elementos teóricos complejos, con profusión de notas, y una revisión bibliográfica exhaustiva. Ofreció una interpretación sobre el militarismo en el poder que vivía, sin ninguna duda en su contemporaneidad.

La interpretación de Guidos Véjar sobre las clases dominantes en El Salvador y sus transformaciones se realizó desde una visión totalizadora del Estado, la cual debería acompañarse de estudios prosopográficos que ayudasen a identificar en el contexto histórico a los sujetos sociales yendo más allá

de una categoría de análisis. Por otra parte, al igual que en otros estudios de los años setenta los campesinos, o las clases subalternas, no entraban a formar parte activa de los discursos históricos.

Menjívar: La clase obrera

En esta dinámica social compleja que interesó a los historiadores de izquierda no pudo faltar la caracterización de la clase obrera salvadoreña, su conformación, principales protagonistas y acciones. De ello se encarga de nuevo Rafael Menjívar en su estudio *Formación y lucha del proletariado industrial salvadoreño* (Menjívar, 1979). Con una clara relación con el estudio de Thompson sobre la clase obrera en Inglaterra.

El autor enmarcó su estudio sobre la clase obrera en relación al desarrollo capitalista del país. De esta forma estableció cinco etapas. La primera, caracterizada por la industria doméstica, con primeros núcleos de obreros muy reducidos. En la segunda, que abarcó de los años veinte hasta la fecha de 1932, con el impacto de corrientes de pensamiento de izquierdas de carácter internacional. Es el momento en que se conocieron en el

país el impacto de la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa y la lucha sandinista en Nicaragua. Esta etapa culminó con el movimiento insurreccional del «proletariado y semiproletariado agrícola», encabezado por el Partido Comunista Salvadoreño, al que le siguió inmediatamente una represión fortísima que contuvo por años al movimiento obrero el cual se fue recobrando lentamente en la tercera etapa, de 1932 a 1948. La cuarta etapa comenzó en 1948, y ahí tomó protagonismo el proletariado industrial a partir del impulso a la industria en el país. Y por último, la etapa que comenzó justo un decenio antes de que el autor escribiera su estudio, en 1969, con la crisis del capitalismo y en el marco de una intensa lucha de clases de la cual él mismo fue protagonista.

Alejandro Dagoberto Marroquín: entre la antropología y la sociología

La principal aportación de Marroquín fue la investigación sobre poblaciones concretas de El Salvador, con un enfoque que nada entre la sociología y la antropología. En concreto con dos libros principales. El primero, *Panchimalco. Investigación so-*

ciológica, fue publicado por vez primera por la Editorial Universitaria de la Universidad de El Salvador en 1959 (Marroquín, 1959) y después en 1974 por la Dirección de Publicaciones (Marroquín, 1974). El segundo, *San Pedro Nonualco. Investigación sociológica*, la Universidad de El Salvador lo publicó en 1962. (Marroquín, 1964)

Alejandro Dagoberto Marroquín, como vimos, estuvo involucrado en la docencia y la investigación desde la Universidad de El Salvador. Por sus actividades políticas se exilió en México, en donde ejerció la docencia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en el Instituto Politécnico Nacional, y además se especializó en la investigación social. Su estancia en México le permitió realizar investigaciones antropológicas, en especial aquellas sobre comunidades indígenas. (Marroquín, 1974:11)

Una vez en el país, abordó el estudio de pueblos a partir de la docencia en la Universidad de El Salvador. Con el apoyo de estudiantes de la asignatura de sociología el profesor Marroquín se introdujo en las comunidades de Panchimalco, a escasos 15 kilómetros de la ciudad capi-

tal y de Santiago Nonualco, en el Departamento de la Paz.

No fueron exactamente estudios históricos —aunque el autor realizó una investigación histórica sobre ambas localidades—, sino que se centraron en el análisis de la realidad. Panchimalco y Santiago Nonualco fueron ventanas abiertas a las tremendas condiciones de pobreza en las que se encontraban las comunidades rurales salvadoreñas. Como él mismo dijo, el objetivo era «dar oportunidad a los alumnos para que se pusieran en contacto directo con la realidad social salvadoreña» (Marroquín, 1962:7). Y las evidencias que mostraron eran terribles. A partir de la aplicación de estadísticas, pudieron establecer porcentajes de los niveles de vida material, educativos y culturales de la población.

Arias Gómez y Dalton. La invención de tradiciones

Los trabajos históricos de Jorge Arias Gómez y de Roque Dalton hemos de valorarlos en el sentido de la gestación de héroes y de la invención de tradiciones para la izquierda salvadoreña.

La impronta de sus trabajos e ideas no ha sido valorada en su totalidad ni estudiada en

profundidad. Ambos, desde diferentes perspectivas, aportaron al imaginario colectivo elementos de índole histórica, Arias Gómez en la creación de héroes del pueblo salvadoreño y Dalton desde una reinención sarcástica del pasado y de sus protagonistas.

Jorge Arias Gómez estuvo vinculado a la lucha política desde la Universidad de El Salvador, a partir de organizaciones estudiantiles, fue Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Políticas, catedrático de la universidad; estuvo exiliado durante muchos años fuera de El Salvador. En los últimos años fue investigador del Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, con sede en la Universidad pública e interesado en el conocimiento de los años treinta, en especial de la Dictadura de Hernández Martínez.

Arias Gómez escribió dos obras fundamentales para la historiografía salvadoreña, una fue *Anastasio Aquino. Recuerdo, valoración y presencia*, (Arias Gómez, 1964) la biografía del líder del movimiento indígena de los nonualcos de 1833 en la zona central de El Salvador. La otra fue *Farabundo Martí: esbozo biográfico*, trata sobre el líder

comunista salvadoreño, muerto en las represalias por el levantamiento indígena de 1932 en la zona occidental del país, en el que fueron asesinados alrededor de 10.000 indígenas en la represión posterior.

Arias Gómez eligió dos líderes de movimientos sociales para su estudio histórico. La biografía de ambos personajes era el eje articulador un discurso histórico trepidante, narrado en forma literaria, aún sin perder los elementos académicos y con un desenlace álgido al final de la narración. Aunque no dejaba de ser un discurso documentado, en algunas entrevistas o fuentes bibliográficas lo que verdaderamente pesaba fue, sin duda, la fortaleza del tono narrativo propio de las narraciones épicas de los grandes héroes.

Para Arias Gómez ambos sucesos, el de 1833 y el de 1932, ofrecían términos de comparación y estaban relacionados esencialmente, ambos movimientos fueron frustrados, acabaron con la muerte valiente de sus líderes, y en ambos estuvo presente la fuerza del pueblo salvadoreño.

Aquino está y estará presente, oculto o en la vanguardia de la protesta, con su grito

reivindicador enarbolado en su alta figura, mientras las masas del campo vivan en condiciones menos humanas, marginadas de los beneficios de nuestra ponderada cultura occidental, de nuestro continente de la libertad, del 'mundo libre' y otras tantas cosas que nos suenan a zarandajas. La presencia de Aquino es real y cierta bajo cada camiseta de manta; bajo casa sombrero de palma; en la piel callosa del pie que, rudimentariamente, resguarda un caite. Aquino es vida en el estómago que solamente conoce de la tortilla, el frijol, el aguardiente o la chicha; es temblor en las manos rugosas y mugrientas del que recibe muchísimo menos de lo que da con su trabajo de tipo servil; es la cuerda en la garganta que pide tierra para trabajarla (Arias Gómez, 1964:65)

Arias Gómez explicó el levantamiento indígena a partir de las condiciones existentes en el campo, las cuales consideraba todavía semif feudales, a consecuencia de la Independencia. El autor no escribió su texto a partir de una investigación histórica, con documentos, sino a par-

tir de escritos de otros autores sobre Anastasio Aquino. De esta forma, leyó a José María Cevallos y a Salvador Calderón Ramírez entre otros y realizó una relectura de los hechos y afirmaciones de estos autores, 'dándoles la vuelta', reinterpretando los puntales de la historia tradicional acusadora en elementos para su heroización. En la conclusión, el autor introduce los elementos revolucionarios, la necesidad de un cambio en el campo salvadoreño y en la composición del sistema de tenencia de la tierra.

De igual manera, Arias Gómez partió de otros autores para su trabajo sobre los sucesos de 1932 en la zona occidental, con el levantamiento llamado por mucho tiempo «comunista». *Farabundo Martí. Esbozo biográfico* tiene tres ediciones distintas, la primera correspondió a 1972 y pudo editarse en EDUCA (Arias Gómez, 1972). Con varias ediciones en otros países y en otros idiomas, en el contexto de la guerra civil de los ochenta —cuando en todo el mundo resonaba el nombre de este líder comunista a partir de la organización que asumió su nombre en el conflicto bélico: Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN— es uno de los impactos más eviden-

tes de la producción de Arias Gómez durante los siguientes años.

La tercera edición significó una nueva interpretación del autor, ya en los años noventa del siglo XX, donde se aprecia la influencia de la nueva historiografía sobre los sucesos del 32.

La interpretación del movimiento insurreccionista de 1932 fue narrado por Arias Gómez a partir de la figura del líder comunista Farabundo Martí, salvadoreño, vinculado a las luchas de Sandino y al Partido Comunista Salvadoreño. La narración evidenciaba el protagonismo en los hechos del Partido Comunista en el que toma especial protagonismo Martí. Por otra parte, se encontraban los problemas surgidos en el agro salvadoreño, tras la crisis de 1929. La unión de ambos hechos explicaba el levantamiento campesino del 22 de enero de 1932.

La visión de Arias Gómez de la sociedad era fundamentalmente clasista a partir de su adscripción marxista, obviando, como sus compañeros, la variable étnica. Sin embargo, la historiografía de los años noventa ha valorado el componente étnico de manera esencial para comprender el levantamiento.

La narración, trepidan-

te, enérgica, apasionada, contó con un final en dos momentos. El primero, en el capítulo XIV, titulado «La insurrección», donde el autor narró los sucesos del levantamiento, la masacre de 20.000 a 30.000 indígenas como parte de la represión posterior por parte de Hernández Martínez y en donde quedaron incluidas fotografías como testigo de los hechos. El segundo final correspondió a la narración de la captura y la condena a muerte de Farabundo Martí, junto a sus compañeros Alfonso Luna y Mario Zapata.

Arias Gómez significó un ejemplo magnífico de narración histórica apasionada, con vínculos con las epopeyas de los grandes héroes; esta vez, héroes de izquierdas, campesinos asesinados por la irracionalidad, excluidos durante siglos, maltratados. La historia real y verdadera desvela su actuación. Este fue parte fundamental de la creación de esta memoria de izquierdas en El Salvador.

Por su parte, Roque Dalton ha sido reconocido como uno de los autores más importantes en la historia literaria salvadoreña, con relaciones con la intelectualidad de izquierdas latinoamericana de la talla de Ju-

lio Cortázar o Mario Benedetti. Ha sido considerado como uno de los ideólogos del movimiento insurgente de los años setenta, y de hecho fue representante del Partido Comunista Salvadoreño. (Vázquez, 2003:90-91).

La valoración de la figura de Dalton en su aportación a la historia no se ciñe, desde luego, a los cánones de la definición de historiador, ni sus obras a las habitualmente tratadas en los análisis historiográficos. Sin embargo, no cabe ninguna duda de que la obra de Dalton es fundamental en un análisis de la historiografía salvadoreña que analice los últimos treinta años.

De Roque Dalton debemos destacar tres obras en las que el contenido histórico es esencial. Se trata de escritos muy diferentes entre sí y con diferentes proyecciones: *El Salvador: monografía*, un manual de historia de El Salvador para la revolución; *Las historias prohibidas de Pulgarcito*, un libro de poemas, y *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, una biografía sobre uno de los supervivientes a la matanza del mismo año.

La Monografía fue la obra de historia de El Salvador de carácter revolucionario. Fue un

texto para la Revolución escrito por el autor en una estancia corta en La Habana. Significa una interpretación total del pasado del país, muy mecánica y en la que el autor se apega al esquema-modelo de la vulgata marxista, con una visión de los sujetos históricos de buenos y malos. La *Monografía* fue sin duda, uno de los textos más difundidos, un manual básico de historia, libro de cabecera de historia de la historia de izquierdas.

Las historias prohibidas de pulgarcito fue la segunda aportación importante de Dalton a la historia de El Salvador. Este libro de poemas ha sido analizado historiográficamente por Mario Vázquez quien con ojos de historiador afirma:

El núcleo central (...) lo constituye una compleja reflexión acerca de la historia y la identidad de El Salvador; en la que a más de intentar deconstruir la narrativa dominante, de cuño oligárquico, y proponer una nueva genealogía de la patria, se postula el advenimiento de una nueva edad de la nación salvadoreña, un alumbramiento fincado en la valoración de la cultura popular y el impulso del proyecto nacionalista-revo-

lucionario que enarbolaba la izquierda armada (Vázquez, 2003:95).

El autor mexicano propuso el reto de incluir a Dalton dentro de la historiografía salvadoreña, debido a sus reflexiones en torno a la historia, pero también por el tremendo impacto de sus escritos en la población del país como veremos más adelante.

Como apunta Vázquez, el significado global de este libro fue la conformación de una nueva historia de El Salvador en forma de interpretación sarcástica, deformada y ridiculizada del pasado de la nación. Necesariamente se entendía en el contraste con la historia promulgada por el gobierno, con la patria cantada por los poetas y literatos y con los símbolos patrios.

Las historias prohibidas fue en este sentido un libro de historia, una "historia *collage*", en forma de poemas con un tremendo impacto internacional. Los temas principales abordados por el autor se inician con el proceso de Conquista y alcanzan hasta la el último gran acontecimiento histórico vivido por el autor: la Guerra con Honduras de 1969. En el camino, Dalton no duda en destacar la Indepen-

dencia, el surgimiento del Estado oligarca y las sublevaciones de 1833 y de 1932, puntos clave de la historiografía.

Dalton concibió su libro de poemas como un libro de historia, en el que algunos poemas se convierten en capítulos, en los que transcribe documentos, realiza entrevistas, incluye fotos... El texto además finaliza con una bibliografía, al modo tradicional en la escritura de la historia. En el camino, aparecen los verdaderos protagonistas de la historia patria, el pueblo salvadoreño, que no se parece al heroico, valiente y sufrido de Arias Gómez.

El pueblo de Dalton está compuesto por un sinnúmero de personajes: antihéroes de los submundos salvadoreños: prostitutas, enanas, bolos... a la par de los héroes de la nueva izquierda como Aquino, o los detestados de la oligarquía cafetalera o el mismísimo Pedro de Alvarado. El autor nos muestra la cultura popular salvadoreña como parte de la historia, de este modo, entre las causas de la derrota de Anastasio Aquino, el héroe de la sublevación de 1833, afirma:

También fue muy malo que
se le emborrachara toda la/

tropa/y sufriera su primera derrota/ de manos de la mujeres del mercado de Zacatecoluca/luego vinieron la traición y las Leyes de la Historia/ y la potencia del enemigo/ Fue el Espartaco de El Salvador/el Marulanda y el Yon Sosa y el Patricio Lumumba/del siglo XIX en El Salvador. (Dalton, 1980:32)

La tercera obra de Roque Dalton con contenido histórico es *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (Dalton, 1993). Se trata de la biografía de este comunista salvadoreño sobreviviente de la feroz represión tras los sucesos de 1932, a partir de entrevistas con Mármol durante una estancia en Praga en 1966. El resultado es un libro escrito en primera persona, donde el autor asume a Mármol desde su infancia hasta el momento en que escribe, con profusión de detalles sobre su vida personal y de trabajo político-revolucionario. El libro ha sido muy utilizado como fuente histórica, a pesar de que no es un estudio histórico sistemático al modo académico.

Hablar de la producción histórica de Jorge Arias Gómez y de Roque Dalton debe concluir

definitivamente con la discusión en torno al impacto y difusión de sus trabajos y en general de los historiadores de izquierdas de los años sesenta y setenta y ochenta en El Salvador. Todavía no se ha realizado un estudio profundo y sistemático en este sentido que nos permita esclarecer los elementos de la memoria de los salvadoreños y salvadoreñas y preguntarnos por su proceso de constitución. En este estudio habremos de tener en cuenta, por supuesto, los olvidos y recuerdos potenciados desde la oficialidad, el gobierno y el Estado, a partir de instrumentos como la educación formal. Pero en la memoria de los salvadoreños existen elementos de la aportación desde la izquierda.

Como punto de discusión futura vale afirmar que entre los estudiantes universitarios que cursan historia de El Salvador en sus planes de estudio es habitual la explicación de la historia contemporánea del país en una secuencia en tres pasos: rebelión de Anastasio Aquino, insurrección del 1932 y la guerra civil de El Salvador de los años ochenta, en una combinación de Arias Gómez y de Dalton. Esta secuencia es entendida aún en la actualidad de un modo mecánico, tres pasos de una misma

fuerza anti-Estado totalitario, sin reparar en los diferentes momentos históricos o las diferencias regionales. Todavía están por estudiar las fuentes y los instrumentos a partir de los cuales se nutrieron estos elementos desde la izquierda. Un estudio sistematizado arrojaría luces sobre el origen y el momento en que estos elementos entraron a formar parte de la memoria de los salvadoreños. Cómo, a pesar de no poseer instrumentos tan poderosos como la educación formal de todo un estado, lograron alcanzar tal grado de trascendencia.

En este sentido, deberán tenerse en cuenta las redes sociales tejidas para movilizar a las personas en favor de la revolución y de la actividad guerrillera ya en los ochenta. Sería fundamental conocer qué explicación histórica se canalizaba a partir de esas redes, cuáles eran las fuentes, los escritos, de carácter histórico que apoyaban los argumentos que legitimaban y que convencían a las personas a unirse al movimiento de izquierdas.

3.3. La aportación de los historiadores extranjeros

En las décadas de los sesenta y de los setenta, El Salvador, junto con otros países de Centroamérica, se convirtió en el objeto de estudio de historiadores extranjeros que investigaron sobre el pasado del país. Se trata de obras de carácter académico, que se escribieron en la lengua de origen del historiador y para un público no salvadoreño. Muchos de estos estudios pasaron desapercibidos en nuestro país y son todavía hoy desconocidos. Sin embargo, existen otras obras que sí fueron difundidas algunas de ellas debido a su importancia e impacto. Tal es el caso de la obra de David Browning *El Salvador. La tierra y el hombre* o la de Thomas Anderson, *El Salvador. 1932. Los sucesos políticos de 1932*.

La obra de Thomas Anderson fue escrita originalmente en inglés, con el nombre de *Matanza. El Salvador's Communist Revolt of 1932* (Anderson, 1971) y para público estadounidense *El Salvador, 1932* significó un acercamiento a la matanza de millares de indígenas a partir de multiplicidad de fuentes primarias, un centenar de en-

trevistas, documentación privada y pública, periódicos, etc. A diferencia del estudio de Arias Gómez el historiador Anderson fundamentó su estudio a partir de una profusión de fuentes, considerándose este el estudio académico fundamental de la época. La traducción al español del texto llegó a El Salvador de mano de la edición de EDUCA.

Para lograr explicar los sucesos de la noche del 22 de enero de 1932, el autor necesitó analizar en profundidad el periodo. Como vemos, este acontecimiento, que forma parte de los anales de toda historia del comunismo en América Latina, es desde luego un parteaguas político y social de la historia de nuestro país.

El autor inició su análisis identificando las razones de base de la insurrección. El tema de discusión, todavía en la historiografía actual, fue a propósito de la explicación del alzamiento, es decir, el papel de las ideas comunistas, de la variable étnica y de las terribles condiciones rurales. Anderson se preguntó por el factor étnico y terminó por darle prioridad a las terribles condiciones en las que se encontraban los habitantes de El Salvador. E interpretó el comunis-

mo como la vía de canalización de todo ello.

Cuando se combinan todas las razones del descontento campesino, la expropiación de los ejidos, el trato miserable que se daba a los colonos y a los trabajadores asalariados, los problemas sociales y el descoyuntamiento provocado por la economía del café, la hostilidad cultural entre indígenas y ladinos, y la hostilidad de clase entre los campesinos y los terratenientes- y luego se le agrega el desastre económico de la depresión, no es difícil de descubrir las bases de la rebelión de 1932. Casi era inevitable que algún movimiento surgiera tratando de canalizar este descontento para provocar una rebelión. Pero que ese movimiento fuera el comunismo, fue un hecho dictado por sucesos que comenzaron con la revolución rusa, y que formaban parte de un contexto del cual El Salvador sólo era una pieza insignificante (Anderson, 1982:35).

Anderson, por una parte, relató con gran detalle los hechos acontecidos desde la política del

Estado pero también explicó la visión desde las organizaciones de izquierdas, desde los campesinos e indígenas de los pueblos que se levantaron. En este último punto, destaca la minuciosidad con que el autor describe a los sujetos históricos. No se conformó con la interpretación total del proceso, sino que con ayuda de las entrevistas a protagonistas y testigos pudo reconstruir hechos, explicar actitudes, identificar acciones, con nombres y apellidos.

El resultado fue un trabajo con mucho impacto en el momento, tanto en su versión en inglés como en español. *El Salvador. 1932* permitió enfrentarse al conocimiento más neutral de uno de los sucesos más terroríficos de la historia salvadoreña, evidenciaba las condiciones en las que vivían los salvadoreños en el campo, sopesaba la labor de la influencia comunista como elemento fundamental de la insurrección y evidenciaba el miedo a las turbas enfurecidas como factor incentivador de la terrible represión.

Por su parte, la principal aportación de David Browning a la historiografía del país fue un trabajo sobre el uso de la tierra en El Salvador, desde época pre-

colombina hasta los años sesenta. El libro fue publicado por vez primera en inglés con el título *El Salvador. Landscape and society*, en 1971 (Browning, 1971) y dada su importancia y al calor de los debates sobre la Reforma Agraria en el país, la Dirección de Publicaciones lo publicó en español en 1975, con el nombre de *El Salvador, la tierra y el hombre* (Browning, 1975). Desde entonces, se han publicado tres ediciones más, siendo uno de las obras más consultadas de la historiografía salvadoreña.

Browning construyó un discurso histórico articulado a partir de las relaciones entre la tierra y los habitantes que la pueblan. Las cuatro partes del libro corresponden a los distintos periodos de cambios con respecto a la posesión de la tierra. Es un estudio basado en la larga duración ya que trató de explicar los usos de las tierras en el territorio que hoy corresponde a El Salvador desde tiempos precolombinos. Sin lugar a dudas, la parte mejor documentada fue sin duda la que inicia con la Independencia de El Salvador. Los periodos precolombino y colonial deben mucho más a las lecturas bibliográficas del autor.

Browning explicó en la primera parte las formas de utilización de las tierras de los pueblos americanos en «Un descubrimiento». En la segunda parte, titulada significativamente «Un premio», el autor documenta la ruptura con las formas precolombinas desde la conquista del territorio por parte de los españoles. Se impuso entonces la idea de propiedad privada y usos comerciales de las tierras.

En la tercera parte, «Un jardín extenso y bien cuidado», el autor analizó otro de los cambios fundamentales tras la Independencia, la reforma del uso de la tierra común, a partir de su abolición en la década de los ochenta del siglo XIX. El autor nos presentó, de igual manera que Menjívar, la decisión de parte de las oligarquías de romper con los espacios comunes de forma rápida para la introducción del cultivo del café:

Un gobierno de cafetaleros tomó la decisión de abolir todo aspecto de tenencia, uso, asentamiento del hombre que pudiera obstaculizar el rápido establecimiento de plantaciones de café. El resultado principal de esta decisión fue la abolición de la posesión comunal de la

tierra, a favor de la propiedad individual” (Browning, 1998:292).

Además, nos explicó el proceso histórico a partir de fuentes del Diario Oficial, evidenciando, la rapidez del proceso y la inmediatez de la proletarización de campesinos.

Este cambio contribuyó a la definición por el autor de dos sistemas distintos sobre el uso y función de la tierra, definidos socialmente y en contraposición permanente, que convivieron en el país.

El hacendado, ya sea ranchero, plantador de azúcar, finquero del café, o que especule con el algodón, considera a la tierra en términos de su explotación comercial (y por otra) el campesino, ya sea arrendatario, emigrante temporero, aparcerero, colono o intruso, considera la tierra que le rodea como su aliada en la lucha diaria por la consecución del sustento. (Browning, 1998:472)

Sin duda que en este sentido la mayor crítica que se le puede hacer al autor, al igual que a Menjívar, es la de asumir a los campe-

sinos como un todo, sin apenas cambios a lo largo del tiempo, sujetos históricos pasivos:

El sencillo agricultor campesino, que vive una vida primitiva y miserable, sin más ambición que su perdurable deseo de hacer efectiva la reivindicación del trozo de tierra que ocupa y trabaja, ha sido mirado con desprecio y con preocupación desde la llegada de los primeros españoles (Browning, 1998:481).

En la cuarta y última parte, «Un dilema», quedan explicados los cambios introducidos en la agricultura a partir de nuevos cultivos, como el algodón y la caña de azúcar, desde los años cincuenta del siglo XX, que vienen a diversificar los productos exportados desde El Salvador.

Browning, en su estudio sobre la contemporaneidad que vivía en aquel momento el país pudo apreciar la injusticia social en cuanto a la tenencia de la tierra, pero sobretodo la bomba de relojería que significaba este hecho en una población creciente de forma acelerada y en un medio ambiente muy desgastado por químicos y la deforestación. En su esquema de la lucha permanente entre las dos distintas

formas de entender el uso de la tierra, manifestó la necesidad de parte del Estado, de tomar en cuenta ambas. Sin duda, que apreció la polarización tremenda en la que la discusión política y social se encontraba (Browning, 1998:473).

El Salvador, La tierra y el hombre es una obra de referencia básica en la historiografía salvadoreña, de lectura obligada por tratarse de un estudio ya clásico, pero también académico. Muy utilizado, como vimos, por los historiadores de la izquierda, quienes vieron en Browning un apoyo a sus tesis sobre la necesidad urgente de una reforma agraria en el país.

3.4 Proyectos de institucionalización de la historia

Desde la intelectualidad de la izquierda de los años sesenta y setenta fue evidente el interés por el estudio de la historia del país. Realizaron sus investigaciones, como hemos visto, a partir de su propia formación como economistas, sociólogos o abogados. Sin embargo, no dejaron de lado el apoyo a los futuros historiadores académicos de izquierdas a partir de una formación especializada en historia que permiti-

tiera conocer el pasado «verdadero» de El Salvador

En estos veinte años encontramos dos intentos de institucionalizar los estudios históricos en la Universidad de El Salvador, la instancia pública de enseñanza superior en el país única hasta 1965. En los años sesenta una carrera de Historia y en los setenta, un centro de investigaciones históricas.

El proyecto de la Licenciatura en Historia tuvo sus orígenes en los planes de mediados de los cincuenta de la Universidad de El Salvador, dentro de la Facultad de Humanidades (creada en 1948). En 1955, se produjo una reorganización de la Facultad por parte del Decano del momento, Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz, quien creó la Escuela de Historia y Ciencias Sociales. En esta Escuela se impartían tres carreras: Historia, Ciencias Sociales, Arqueología y los correspondientes doctorados. Se formularon dos programas distintos, uno de 1956 y el del Plan de 1960, ya llamada Escuela de Ciencias Sociales, en el que los tres primeros años eran comunes a las tres carreras para después pasar a una especialización de dos años. Durante los años comunes se pretendía

impartir asignaturas del área de las ciencias sociales y de las humanidades como psicología, filosofía, literatura, pedagogía, lingüística, geografía, economía. En el cuarto año, los futuros historiadores cursaban Historia Universal, arqueología de América e historia de Centroamérica a las que se añadían las técnicas de investigación social. La especialidad en Arqueología se centraba mucho más en los últimos dos años en aspectos materiales propios de la disciplina. Los doctorados previstos para ambas disciplinas significaban un mayor énfasis en investigación (Guía, 1962:142-144).

De seguro que los primeros programas de estudios de la Licenciatura hemos de relacionarlos con el apoyo al proyecto de historiografía de los años cincuenta. Los objetivos cambiaron cuando la carrera finalmente pudo abrirse a mediados de los sesenta. Desde la Universidad de El Salvador ya había muestras del interés por el conocimiento histórico. En primer lugar, se organizó un Seminario de Historia Contemporánea con carácter centroamericano, celebrado en septiembre de 1963, en el que participaron entre otros Rafael Menjívar y David Alejandro Luna (Seminario, 1963:154). En

1965, Alejandro Dagoberto Marroquín, decano de la Facultad de Humanidades, fue a la III Reunión de las Facultades y Escuelas de Economía de América Latina. En esta reunión, todos los asistentes firmaron una Declaración donde se recomendaba apoyar la investigación histórica de carácter económico, además de la inclusión de los planes de estudio de materias relacionadas con la historia latinoamericana en el marco de la teoría de la dependencia. (Declaración. 1965:135-146). La historia se evidenciaba como uno de los elementos principales para documentar la dependencia de las economías latinoamericanas y el subdesarrollo.

El proyecto de la carrera se encarriló, entonces, hacia la formación de historiadores que hicieran una interpretación de izquierdas de la historia de El Salvador. Los primeros alumnos entraron a estudiar Historia con los tres años de formación común de la Escuela de Ciencias Sociales. Al término de los años comunes, la imposibilidad de contratar profesores especializados en el país o extranjeros para los únicos tres alumnos de Historia fue motivo suficiente para becarlos y enviarlos a México para continuar sus estudios.

Con esta decisión se frustra la continuación de la primera institucionalización de una carrera de historia en la Universidad de El Salvador y la posibilidad de continuación de la labor realizada por estos autores de izquierdas desde la formación académica local.

Los tres estudiantes que terminaron sus estudios en México, en la UNAM y en la ENAH, regresaron a El Salvador para graduarse definitivamente en la Universidad de El Salvador, tal y como se había establecido antes de su partida. No lo tuvieron tan fácil. A su regreso a principios de los años setenta, las autoridades habían cambiado y no conocían los términos de referencia de la beca, la cual implicaba la incorporación a la docencia y la investigación en Historia. En definitiva, el proyecto se frustró, los esfuerzos por la creación de la carrera en Historia se diluyeron cuando la Universidad entró en los años setenta, años de polarización, de liderazgo ideológico y político del centro de educación superior público.

Aún así, hubo un nuevo proyecto por institucionalizar los estudios históricos a finales de los años setenta, con la cons-

titución de un centro de investigaciones. El nombre fue el IAGH o Proyecto de Investigaciones Antropológicas, Geográficas e Históricas, creado a partir de junio de 1976 (Acuerdo, 1977). El IAGH contaba con toda una planeación basada en la recopilación y publicación de fuentes históricas sobre distintos temas; de hecho, las publicaciones que realizaron los investigadores en su corta vida iban en este sentido.

El IAGH proyectó sus actividades en tres líneas que llamaron programas: el primero de localización y registro de fuentes documentales, el segundo de compilación de documentos y el tercero de investigación temática (Proyecto, 1977:119-127).

Sobre el papel era un enorme proyecto integral que de haberse llevado a cabo habría cambiado el panorama historiográfico salvadoreño desde la Universidad de El Salvador. En la práctica, sin embargo, el contexto no era el más indicado para el desarrollo historiográfico. En el ambiente polarizado que vivía el país y en especial la universidad pública, no se comprendió el papel de fundamentación académica que pretendían los encargados del IAGH.

De hecho, el único número de la revista *Documentos* que publicaron consistió básicamente en la transcripción de algunas fuentes de archivo. De igual manera publicaron además un librito con documentos para el estudio de David J. Guzmán (Cerna y Velásquez, 1979).

Estos documentos leídos a finales de los setenta, no debían servir de insumos para las intenciones revolucionarias que partían de la Universidad, a diferencia de los estudios desde la perspectiva marxista de otros historiadores. En definitiva, el proyecto había dejado de funcionar antes de la toma de la Universidad en 1980.

Este malestar lo podemos evidenciar a partir de uno de los proyectos de investigación del IAGH sobre historia urbana de la ciudad capital. A partir del texto de Porfirio Barba Jacob, seudónimo del poeta colombiano Ricardo Arenales, quien vivió el terremoto de San Salvador en 1917 y describió su paso por la ciudad capital. El objetivo era comparar los cambios, y la evolución de la ciudad con elaboración de croquis, mapas y fotografías. Uno de los integrantes del proyecto, el Dr. José Humberto Velásquez, se expresó

así en un artículo donde se dio a conocer la investigación.

Con estas ideas en mente se diseñó el proyecto de investigación y se comenzó el trabajo. Desafortunadamente, el entonces Jefe del Departamento de Ciencias Sociales no comprendió el proyecto ni captó su alcance didáctico para los estudiantes de ciencias sociales, arquitectura, urbanismo, etc. y los proscribió de los programas de trabajo —con todo y que labor de campo se realizaba en días festivos y de asueto—. Así las cosas, el proyecto fue suspendido. Actualmente se reordena el material compilado en espera de una oportunidad para reanudarlo (Velásquez, 1979:8).

Efectivamente, un proyecto de rescate histórico de la seriedad y academicismo con los que se comenzó a trabajar en el IAGH desentonaba con el tremendo ambiente de tensión política que se vivía en el país y en especial en la Universidad de El Salvador, centro político e ideológico de críticas al sistema establecido.

De este modo, y al igual que veinte años atrás con el proyecto de Barón Castro, un nuevo

intento de sentar las bases para la investigación histórica se vio de nuevo frustrado a tenor de los tremendos acontecimientos que se avecinaban.

4. Los terribles años ochenta

La producción historiográfica, y en general, la producción intelectual de los años ochenta en El Salvador está marcada por la tragedia del conflicto bélico que enfrentó al ejército nacional con la guerrilla del Frente de Liberación Nacional “Farabundo Martí”. Esta cruenta guerra duró hasta 1992, cuando se firmaron los Acuerdos de Paz entre ambos bandos. El efecto totalizador de la guerra priorizó cualquier actividad en torno a esta por encima de cualquier actividad de carácter intelectual.

Fueron momentos de tremenda polarización ideológica y política de la sociedad. Hubo continuos ataques a los derechos humanos por parte del ejército, con casos notables como la Masacre en El Mozote, el asesinato del arzobispo de San Salvador, Monseñor Arnulfo Romero, o de seis jesuitas españoles parte del equipo rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. Las imágenes de estos hechos dieron la

vuelta al mundo, poniendo a El Salvador en la primera plana de los diarios.

En estos momentos la prioridad fue, desde luego, la actividad política y militar para ambos bandos en conflicto. De esta manera, por parte del gobierno y del Ministerio de Educación, el apoyo a la creación histórica y en general a cualquier aspecto intelectual pierde fuerza frente a la inminente necesidad de reconstruir la infraestructura dañada por la guerrilla o la ampliación continuada de las fuerzas armadas salvadoreñas.

4.1 Pérdida de liderato de la Universidad de El Salvador

En el caso de la Universidad de El Salvador y el pensamiento histórico de izquierdas, la prioridad también fue la labor política y militar. La labor de investigación por parte de historiadores de izquierdas vinculados de una u otra forma a la Universidad de El Salvador se paralizó. Durante las dos décadas anteriores, estos historiadores se habían dedicado a la investigación y difusión como parte del proyecto político vinculado a la izquierda.

La Universidad desde los años sesenta había mostrado su

apoyo y simpatía por las luchas populares desde organizaciones sindicales, magisteriales y campesinas, que se convirtieron en los setenta en organizaciones militares que lucharon en el conflicto bélico. Este fue el comienzo de la prioridad política en la Universidad, por encima de la labor académica y educativa y que tanto acusó la formación superior en el país (Breve, 2001:1-3).

La etapa de decadencia académica e investigativa se inició en la Universidad a partir de la intervención militar en 1972. Los años transcurridos desde 1980 a 1984 han sido considerados como críticos en este proceso de decadencia. La Universidad fue intervenida de nuevo en 1980, y pasó a realizar sus actividades académicas fuera del campus. Fueron tiempos de exilio de docentes e investigadores, que salieron del país o se trasladaron a la multiplicidad de «universidades de garaje» que aparecieron en la década de los ochenta en plena crisis nacional. La Universidad fue saqueada y se perdió una gran parte del acervo bibliográfico, propio de la 'Etapa de Oro' de la investigación, la iniciada en los años cincuenta. Su infraestructura quedó seriamente dañada tanto por el terremoto de 1986 como por

las agresiones de cuatro años de intervención (Breve, 2001:12-14).

En este contexto la investigación histórica no fue la prioridad y lo urgente fue solventar los problemas políticos y militares en los cuales la Universidad era considerada uno de los centros ideológicos del izquierdismo en el país.

La labor editorial se rompió y las revistas prácticamente dejaron de publicarse. De esta forma, *La Universidad*, principal órgano de difusión universitario, editó únicamente cinco números en toda la década de los ochenta, y muy pocos documentos fueron publicados en aquellos años por otras instancias universitarias. Definitivamente, la labor de investigación y editorial de la Universidad había concluido y la ciudad universitaria pasaba a ser un espacio de politización e ideologización izquierdista, debilitando las actividades académicas hasta los cambios acontecidos al final de la década de los noventa.

4.2. La actividad intelectual desde la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

Mientras la universidad pública del país pasaba por los momentos más críticos de su historia, otra institución de educación superior, privada, regida por la Compañía de Jesús, lideraba el ámbito intelectual. En la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” se encontraba un grupo de personas, con distinta formación, vinculados a la llamada Teología de la Liberación. Desde esta óptica se interesaron por estudiar la realidad nacional del país, con una postura crítica y a favor de las mayorías desposeídas. Los nombres de estos religiosos fueron conocidos en el mundo a partir de su asesinato en su residencia de la universidad, en noviembre de 1989, por el ejército salvadoreño. Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes fueron quizás los que mayor aportaron en el conocimiento de la tremenda realidad que se vivía en el país.

La actividad intelectual relacionada con la historiografía desde la UCA ha de dividirse en dos líneas principales. La primera fue la labor de investigación realizada desde la universidad,

en especial, motivada por los padres jesuitas, sobre la realidad nacional. Y en segundo lugar, la labor de difusión de obras históricas a partir de su editorial universitaria y de las revistas publicadas.

Desde Uca editores se difundieron estudios históricos realizados años atrás desde una postura de izquierdas. Hemos de destacar la reedición hasta por doce veces de la *Monografía* de Roque Dalton, desde 1989 al año 2000. Tres ediciones de *Miguel Mármol*, del mismo autor, y cinco veces de un manual sobre historia nacional realizado por Alastair White, *El Salvador*. No debemos olvidar en este sentido la revista de opinión de la universidad, *ECA, Revista de Estudios Centroamericanos*. La *ECA* fue el vehículo de expresión de estos jesuitas, pero también una voz de opinión crítica sobre las injusticias ocurridas en el país. Con la Universidad de El Salvador, ahogada por un presupuesto escaso, la UCA ejerció su liderazgo a partir de las posibilidades de edición de libros y artículos.

El énfasis en la investigación histórica y en el relato de la verdadera historia de El Salvador promulgada por Menjívar, Marroquín o Arias Gómez

no es continuada por los jesuitas. A diferencia del papel de los historiadores de izquierdas, vinculados a la Universidad de El Salvador, en los ochenta, los principales problemas de investigación motivados por la UCA se centraron en el presente que se vivía, desde la psicología, la sociología o la filosofía y a partir de los preceptos de la Teología de la Liberación. Por lo tanto, su actividad buscaba un impacto social, unido a su actividad pastoral y a una nueva forma de entender la Iglesia. En ese sentido, los problemas propios de una sociedad en guerra, fueron descubiertos y puestos a la luz para el conocimiento y escarnio público.

El grupo de jesuitas centraba su atención en las «mayorías desposeídas», aquellos salvadoreños y salvadoreñas que fueron afectados no solo por la crueldad de la guerra sino por siglos de pobreza y exclusión. Les preocupaban sus problemas inmediatos. Atendían con preocupación la situación de los desplazados por el conflicto, las tremendas secuelas psicológicas de la guerra, y sacaban a la luz nuevos problemas sociales como el fenómeno de la migración de salvadoreños a los Estados Unidos como parte de las

consecuencias de un país sin esperanzas. Al poner en el centro a estas mayorías y sus dificultades, evidenciaron la tremenda ideologización del conflicto y el olvido por parte de ambos bandos de las verdaderas víctimas de la guerra.

Martín-Baró, psicólogo; Montes, sociólogo y Ellacuría, filósofo fueron los tres principales autores de la UCA por su obra y por su impacto en la época. Los tres cuentan con más de una veintena de libros cada uno, la mayor parte publicados desde la editorial universitaria de la UCA, UCA editores.

Desde su formación en Psicología, Martín-Baró propuso una nueva forma de entender su práctica, acercándose a la Teología de la Liberación con sus obras, *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica* (Martín-Baró, 1983) y *Psicología de la Liberación* (Martín-Baró, 1997).

Por su parte, Segundo Montes, incursiona desde los planteamientos de la sociología sobre temas tan esenciales aún en estos momentos sobre la cultura campesina, a partir de su tesis de doctorado sociología del campesinado salvadoreño (el compadrazgo) (Montes, 1978) o

los cambios sociales surgidos a partir de la migración de cientos de miles de salvadoreños a los Estados Unidos en El Salvador 1989: las remesas que envían los salvadoreños de EEUU: consecuencias sociales y económicas, publicado en forma de libro en 1992. (Montes, 1992)

Y en último lugar, Ignacio Ellacuría, rector de la universidad, desde su formación filosófica incursionó en los aspectos políticos de la realidad salvadoreña a partir de sus escritos desde finales de los años sesenta hasta su muerte. Muchos de sus libros fueron publicados póstumos, aunque ya habían sido objeto de recopilación parte de la obra, dispersa en multitud de artículos de opinión, sobretodo de la ECA.

La obra de Ignacio Ellacuría puede dividirse en tres líneas, las cuales no las entendía en absoluto separadas, la opinión política, los estudios filosóficos y sus planteamientos teológicos. Su principal aportación quedó publicada en los libros *Veinte años de historia de El Salvador 1969-1989. Escritos políticos* (Ellacuría, 1991) y *Filosofía de la realidad histórica* (Ellacuría, 1990).

Para el autor, el sujeto

principal de su preocupación, al igual que el resto de sus compañeros, fueron las mayorías salvadoreñas y centroamericanas, olvidadas a menudo por los gobiernos y los estados. En *Veinte años de historia de El Salvador* se recogieron más de dos mil páginas en tres tomos sobre las opiniones vertidas por Ellacuría sobre la realidad nacional, acontecimientos políticos y sociales de dos décadas sumamente conflictivas para el país. El libro *Filosofía de la realidad histórica* consiste en una compilación de artículos sobre su pensamiento filosófico.

El objetivo de las reflexiones del autor en el campo de la filosofía, era la definición de una Filosofía de la libertad. Para ello, parte de la actividad histórica de la humanidad, y en concreto, de El Salvador, como objeto y punto de partida de una filosofía con intención liberadora. (González, 1990:9) De esta forma el método de historización propuesto por el autor, presupuso que los conceptos son históricos, en oposición a los abstractos y universales.

Su método de historización pretendió desvelar la historicidad de los conceptos, evidenciando, pues, la ideologización

que los acompañaba en cada momento de la realidad y por lo tanto, descubrir la utilización interesada de estos conceptos históricos. El problema quedó planteado en toda radicalidad, en un contexto de vida y muerte, de liberación y salvación. El método exige, además, no solo una postura teórica, sino una actuación crítica (Herrera, 1995:36-37).

Ellacuría buscó la verdad, teórica y práctica, a través de la libertad del ser humano. Por lo tanto, el sujeto de la liberación debe ser la víctima mayor de la dominación, en su caso, las mayorías populares, los pueblos oprimidos. Este sujeto, se convierte en el lugar de la verdad. La verdadera filosofía latinoamericana debe partir de las mayorías, de la realidad histórica, para realizar su función liberadora, (Herrera, 1995:38-39).

La historia fue pues, el punto de partida de Ellacuría para sus planteamientos filosóficos. De igual manera fueron el inicio de sus reflexiones en torno a la Teología. (Sols, 1999)

5. Los años noventa: el resurgimiento de los estudios históricos

Esta última década significó historiográficamente hablando un resurgimiento de los estudios históricos de una forma integral, teniendo en cuenta mejoras en todos los aspectos relacionados con la investigación histórica y en un contexto de mayor interés por el pasado de nuestro país.

Sin lugar a dudas, todo esto fue posible, gracias a los nuevos tiempos que comenzaron tras los anhelados Acuerdos de Paz de Chapultepec, firmados por las fuerzas contrincantes el 16 de enero de 1992, tras una larga aproximación a la paz.

La cruenta guerra civil, que había roto la sociedad salvadoreña en dos bandos, se había terminado tras doce años de enfrentamientos, decenas de miles de muertos, una infraestructura pública muy dañada y sobre todo heridas psicológicas muy profundas en la población. Definitivamente los nuevos tiempos significaron más que la paz, y se interpretan después de una década como de un sensible debilitamiento de prácticas políticas iniciadas en los años treinta en nuestro país. De este modo, cabe afirmar que en El Salvador de

los noventa los militares se han apartado de la primera fila política, que el Estado ha dejado, al menos parcialmente, de regular la economía del país, y que la izquierda se ha integrado a la política rompiendo con décadas de exclusión (Walter, 2000:622).

Como consecuencia de los nuevos tiempos políticos se dio un nuevo clima social basado en el diálogo y en la búsqueda de explicaciones de los hechos recién acontecidos.

El recuerdo de la guerra estuvo muy presente y en una constante ambivalencia de los que buscaban olvidar y de los que luchaban por recordar. Desde la sociedad surgieron espacios y organizaciones que buscaron hacer memoria de todo lo ocurrido, desarrollándose incluso una línea literaria testimonial que tiene como centro hechos bélicos que no han tenido justicia.

Sin embargo, una consecuencia positiva del conflicto bélico fue, desde luego, la búsqueda de explicaciones históricas al respecto y un mayor énfasis en los estudios históricos de carácter académico y en general de un clima más sensible a las manifestaciones culturales propias de los salvadoreños y de su identidad.

Por otra parte, la finalización de la guerra trajo consigo de vuelta a muchos salvadoreños que habían emigrado por diferentes razones del país, entre ellos algunos historiadores que se habían formado en el exterior. Este hecho fue, sin duda, uno de los elementos clave para entender el resurgimiento de los estudios en la última década. Pero además existe otro factor, la presión internacional, en forma de salvadoreños historiadores residentes en otros países.

Sin duda, ambos factores confluyeron a finales de los años noventa y está ofreciendo hasta estos momentos un panorama muy alentador a los interesados en la explicación académica del pasado de nuestro país. Los primeros resultados concretos de los nuevos tiempos se recogen a partir del año 2000, por lo cual, deberemos hacer referencia a estos acontecimientos muy importantes en la historiografía.

5.1 Los historiadores y sus obras

Una de las características más importantes de la historiografía de esta época es la nómina de historiadores nacionales que han irrumpido con fuerza en la labor de explicación académica.

Este hecho ha de ser destacado puesto que, como vimos, la mayor parte de la historia fue realizada por historiadores empíricos. En los noventa, existió un núcleo de historiadores nacionales con formación universitaria dispuestos al ejercer su profesión. Trabajo de investigación, difusión y organización de fuentes han sido las tareas más destacables realizadas por estos historiadores desde El Salvador. Algunos nombres de quienes, desde la Universidad de El Salvador, el Archivo General de la Nación, la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, la Academia de la Historia y la Universidad Tecnológica, realizaron una labor intensa que tuvo su primer éxito en la organización del Primer Encuentro de Historia. Se trata de Carlos Gregorio López, Margarita Silva Prada, Josefa Viegas, Eugenia López, Sajid Herrera, Pedro Escalante Arce.

La historiografía de los años noventa estuvo caracterizada también por una aportación muy importante de los estudios realizados por historiadores extranjeros o salvadoreños en el exterior que tomaron como objeto de estudio El Salvador. En especial fueron estadounidenses en los Estados Uni-

dos, y formaron parte de los centros de investigación vinculados a América Latina. A ellos debe añadirse los trabajos de historiadores centroamericanos, en especial de los costarricenses. La historiografía de Costa Rica, es la más fuerte de toda la región y en esta década han manifestado su visión centroamericanista de la historia. Hablamos de Héctor Lindo-Fuentes, salvadoreño, y Aldo Lauria Santiago, portorriqueño; Erick Ching, estadounidense, Leo Hernández, salvadoreño-estadounidense, todos ellos residentes en los Estados Unidos. Y por otra parte, Patricia Alvarenga, salvadoreña-costarricense o de José Antonio Fernández, costarricense.

Las obras de estos historiadores extranjeros fueron rigurosamente académicas y respondieron a las tendencias historiográficas del momento en historia, en sus aspectos formales, metodológicos y teóricos. Cabe destacar, desde luego, que sus estudios estuvieron basados en una consulta documental muy extensa realizada en archivos locales y extranjeros. Son trabajos que surgieron a partir de problemas de investigación académicos, en relación a intereses universitarios y no desde la realidad salvadoreña. Los des-

tinarios de estos trabajos son en gran medida otros historiadores y muchos están escritos en otros idiomas distintos del español. Por todo ello, esta historiografía no ha sido conocida en El Salvador, a pesar de la novedad de sus planteamientos y el interés para el conocimiento del país.

Este intercambio necesario no fue posible hasta el surgimiento a finales de la década de un grupo de personas e instituciones que canalizaron estas novedosas aportaciones. De forma que solo hasta ese momento fue posible conjugar e intercambiar los intereses entre los investigadores de fuera y dentro del país.

A la par de esta nueva historiografía hubo continuidades. En este sentido, jugaron un papel importante los historiadores locales que continuaron en gran medida con la tradición historiográfica de carácter empírico, con interés por mostrar el encanto de la historia. Se trató en gran medida, de obras en una línea más descriptiva o incluso cronística. Sin embargo, son aportaciones muy valiosas en un contexto de ausencia de libros informativos sobre la historia salvadoreña. Gracias a estudios el de como Gustavo Herodier

contamos con un libro sobre la ciudad de San Salvador, bellamente ilustrado *San Salvador. El esplendor de una ciudad, 1880-1930* (Herodier, 1997). Por su parte, Carlos Cañas ha cultivado las biografías de personajes, un espacio esencial para cumplir con labores de la enseñanza de la historia, herramientas básicas de cualquier país y que hasta el momento no habían sido escritas (Cañas-Dinarte, 2002).

5.1.1 La tierra y el Estado

La nueva historiografía de historiadores académicos retomó uno de los temas más tradicionales sobre la historia de El Salvador, la tierra y la construcción del Estado. Los ejemplos más significativos y con mayor impacto fueron los estudios de Héctor Lindo-Fuentes sobre la economía del siglo XIX y el de Aldo Lauria-Santiago sobre la conversión de El Salvador en una república agraria.

El estudio de Lindo fue escrito en inglés como *Weak foundations: The Economy of El Salvador in the Nineteenth Century* en 1990 (Lindo-Fuentes, 1990), con base en su tesis de doctorado de 1984 y no tuvo una traducción al español hasta el año 2002, con el esfuerzo de

la Dirección de Publicaciones con el título de *La economía de El Salvador en el siglo XIX*. (Lindo-Fuentes, 2002)

De igual forma, ocurrió con el libro de Lauria-Santiago *An agrarian republic: commercial agriculture an the politics of peasant communities in el Salvador, 1823-1914* (Lauria-Santiago, 1999), el cual fue traducido en la misma colección del de Lindo como *Una república agraria. Los campesinos en la economía y la política de El Salvador en el siglo XIX* (Lauria-Santiago, 2002)

Los planteamientos de ambos giraron en torno a uno de los temas más tradicionales de la historiografía salvadoreña y significaron aportaciones muy valiosas para entender el siglo XIX.

El planteamiento de Lauria es muy novedoso en cuanto a los protagonistas de los procesos. Como hemos visto hasta ahora, el siglo XIX se ha visto a partir de las acciones de los oligarcas en su manejo único del Estado, golpeando las formas tradicionales de tenencia de la tierra de los campesinos y sin espacios de opinión o reacción frente a estas actuaciones. Para este autor el enfoque de análisis

debe partir de las comunidades campesinas. Por ello, articula su explicación a partir de la conformación de estas comunidades, sus actuaciones, en cierto modo, reacciones frente al Estado.

Los campesinos y los artesanos desempeñaron un papel determinante en los procesos políticos del siglo XIX. Las comunidades campesinas, especialmente las de grupos indígenas, constituían un sostén importante de las facciones políticas en sus luchas por el control del estado. Debido a que antes de la década de 1890 las estructuras del estado nacional eran débiles, los contendientes por el poder necesitaban apoyo popular (Lauria-Santiago, 2002:335).

Centrando su análisis en los campesinos, los visibiliza y puede observar sus movimientos frente a las decisiones de los oligarcas en el proceso de construcción del Estado. Desde esa óptica, el autor rompe con la idea tradicional de que la economía campesina fue siempre de subsistencia y afirma su participación en la economía comercial y de expansión del café. (Lauria-Santiago, 2002:127-170)

Uno de los temas más espinosos, el de la privatización de las tierras comunales, lo ve como un proceso lento, con muchas aristas, y con unos resultados contradictorios para los legisladores. Niega las aproximaciones de Menjívar y Browning sobre la conversión inmediata de los campesinos en jornaleros y a cambio muestra a las comunidades campesinas como dinámicas, desiguales entre sí, y sujetos activos de la historia.

Lindo-Fuentes, por su parte, se centra en la economía del siglo XIX, en los grandes procesos, en la transformación hacia una economía comercial y en el papel del Estado y de las elites que lo conformaban. De esta forma se pasea por los periodos políticos decimonónicos, la Independencia, la Federación Centroamericana y por fin el proceso de configuración del estado de las décadas del cuarenta al ochenta.

En este momento el autor se detiene en las instituciones de la nación soberana, las leyes, el ejército, la conciencia nacional, la educación, la justicia. Es un momento culminante ya que en torno a la expansión del sector exportador se tomaron las decisiones de política interna,

en respuesta a lo que ocurría en el mercado internacional.

A diferencia de autores como Menjívar o Browning, el autor sitúa su investigación en un contexto real, es decir, en la dinámica social, donde existen riesgos del cultivo y comercialización del café, donde se puede perder todo lo invertido.

Un punto fundamental de su explicación de las ventajas de la oligarquía es la posesión de educación formal y el acceso al crédito. La educación otorgaba facilidades a las elites para comprender las nuevas condiciones del mercado.

Una de las maneras de reducir algo los riesgos de la caficultura era recopilando tanta información como fuera posible sobre los métodos de cultivo y las condiciones del mercado; de nuevo, la habilidad para adquirir y procesar información era posible para un grupo muy reducido” (Lindo-Fuentes 2002:205).

Este aspecto, unido al de un acceso posible al crédito únicamente posible para la elite, explicaría la ventaja de unos pocos sobre todos los que intentaron desde la década de los cuarenta el tirón del nuevo cultivo.

Cuando comenzó el cultivo del café, gente de todos los ámbitos sociales probaron su suerte; hacia fines del siglo, se había conformado una elite cafetalera. Se impuso un tipo de darwinismo social (Lindo-Fuentes, 2002:204).

Para el autor, la privatización de las tierras no fue el punto inicial de la conversión del país, sino el impacto de la agricultura de exportación sobre las formas tradicionales del uso y tenencia de la tierra. Este proceso ya puede verse antes de esas reformas. La privatización supuso una nueva reestructuración de la propiedad que se resolvió a favor de los cafetaleros, pero no fue de forma inmediata. Estos a finales de siglo ya se habían conformado en un pequeño grupo privilegiado.

En esta elite cafetalera el autor señala la importancia de los extranjeros. De nuevo, el factor que impulsaba a extranjeros al éxito era la educación, en forma de habilidades que los salvadoreños no poseían. Así, europeos e inmigrantes de origen árabe lograron posicionarse de forma relativamente rápida entre la diminuta elite que podía darse la gran vida, en oposición

a la gran mayoría de la población.

En general, el libro de Lindo es una interpretación de los principales procesos del siglo XIX, más que una historia económica sectorial. Y aunque se centra en variables económicas, supera la parcialidad para ofrecernos un panorama sobre todo el siglo. El protagonista velado del libro es el Estado en manos de la oligarquía y la posibilidad de haberlo estructurado con fines comunes en vez de en su propio beneficio.

Para ello, enfatiza en su discurso histórico sobre qué pudieron o no hacer los encargados del Estado frente a las distintas situaciones que se les presentaron a favor de las mayorías. Frente a lo cual, los oligarcas escogieron incrementar sus ganancias en vez de redistribuir entre la población a partir, por ejemplo, de la educación.

Así, las elites, que tenían en sus manos al Estado, pudieron haber optado por invertir en difundir la herramienta fundamental para entender el mercado del café: la educación formal. O por otra parte, pudieron crear vías para facilitar el crédito. Y sin embargo, optaron por la represión y el uso del Estado para

el desarrollo de la agricultura comercial. «Son muchos los caminos que conducen al subdesarrollo» sentencia Lindo como frase inicial (Lindo, 2002:9), y esta es la forma en la que lo hizo El Salvador.

No podemos dejar de tomar en cuenta la revisión de la construcción del Estado Salvadoreño realizada por Carlos Gregorio López Bernal en su tesis de maestría para la Universidad de Costa Rica todavía inédita: *El proyecto liberal de nación en El Salvador 1876-1932* (López Bernal, 1998). La tesis de López Bernal es una aproximación muy distinta al Estado y su formación, en especial en su interés por la construcción de la nación salvadoreña. Esta nueva mirada significa un cambio historiográfico muy interesante en El Salvador, cuyas implicaciones van en dos sentidos, por una parte, incidir en el conocimiento sobre la construcción del Estado desde el éxito de la Revolución liberal; pero también, por otra parte, significa introducir un tema muy novedoso como es la revisión de la salvadoreñidad, sus inicios, sus mitos y sus héroes bajo los esquemas de Anderson y Hobsbawm. Este último aspecto se evidencia claramente en el capítulo 2 «La in-

vención de tradiciones (1858-1917)» donde el autor relata el inicio de la nacionalidad en el culto ambivalente por Morazán, el caudillo centroamericanista, a la par de la nostalgia unionista, para finalizar con la invención de Gerardo Barrios como héroe nacional. La tesis finaliza en la eclosión de 1932 anunciando un cambio en la estrategia y el discurso nacional a partir del gobierno de Maximiliano Hernández Martínez. Con Martínez el discurso nacional incluía un radical anticomunismo con matices racistas.

5.1.2. El 32

Los acontecimientos de 1932, otro de los temas tradicionales en la historiografía salvadoreña, fue abordado en los años noventa desde una óptica histórica más que ideológica, como se había realizado antes de la guerra. La explicación sobre el levantamiento indígena en la zona occidental de El Salvador y la brutal represión posterior por parte del dictador Hernández Martínez parten de los procesos históricos más que del afán por integrarlo a la lucha política.

Las aproximaciones diversas a este parteaguas de la historia salvadoreña han pa-

sado por una mayor uso de las fuentes primarias para liberarse de la carga ideológica que pesa sobre las explicaciones del levantamiento y la represión siguiente. Desde los documentos, ayudados por un contexto histórico distinto, se han producido interpretaciones que abonan al mayor conocimiento de lo sucedido.

De este modo, la nueva situación tras los acuerdos de paz permitió a Jorge Arias Gómez retomar su *Farabundo Martí* (Arias, 1995) desde una perspectiva de historiador más que de político; de modo que el relato se tornó más sereno. Y por otra parte, introdujo el factor étnico, aunque sin invalidar la prioridad de la rivalidad de clases.

Por otra parte, Héctor Pérez-Brignoli (Pérez, 1995) ha realizado un análisis sobre las distintas interpretaciones del 32. Citando diversa bibliografía al respecto, Pérez-Brignoli evalúa las diferentes posiciones e interpretaciones de los autores que han tratado el tema. Diferencia las interpretaciones entre los que piensan que se trató de una insurrección de carácter político con implicaciones o no del comunismo, de los que

manifiestan que se trata de un conflicto de carácter social principalmente. Después de su análisis historiográfico comienza el análisis de todos y cada uno de los factores que la historiografía ha tenido en cuenta para la explicación del conflicto. A partir de estas discusiones quedan evaluados todos los aspectos, y sus conclusiones son que el levantamiento fue una rebelión de indios con las características típicas de la época colonial. El contexto fue el de un estado oligárquico consolidado con una elite que invisibilizaba el problema indio. Pérez Brignoli considera que el papel del Partido Comunista Salvadoreño hemos de verlo en el sentido de elemento desbloqueador, muy moderno y urbano, más que el centro de la explicación de la rebelión. La represión brutal que siguió al levantamiento indígena sí fue también un elemento novedoso que tuvo como protagonistas principales a los cuerpos de policía y guardas civiles equipados con modernas armas. Es especialmente relevante la identificación indio como sinónimo de comunista.

Pérez-Brignoli sitúa en la balanza los distintos posicionamientos al respecto, desde los realizados desde la derecha

y desde la izquierda, con las diferentes variables a tener en cuenta. Este afamado historiador argentino radicado en Costa Rica se acerca a los hechos ocurridos en 1932 y establece conclusiones sumamente interesantes que después han sido comprobadas a partir de investigación con fuentes primarias. Su olfato de historiador experimentado establece un argumento de peso: el factor étnico y las disputas entre indígenas y ladinos. También, conviene en no otorgar un peso esencial a la extinción de ejidos y tierras comunales ocurridas medio siglo atrás.

Una nueva perspectiva sobre los hechos la dio Patricia Alvarenga en su libro *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932* (Alvarenga, 1996). Alvarenga nos ofrece un estudio sobre las manifestaciones culturales de la violencia en el contexto de la construcción de sistemas de dominación por parte del Estado. Para la autora es fundamental observar la dinámica de estas relaciones.

La perspectiva de análisis sobre los mecanismos de represión se había realizado siempre desde arriba, desde el Estado. La aportación de esta tesis es la

investigación del papel de los civiles en la represión del Estado. La autora analiza estos hechos a partir del capítulo 5 «Civiles en la represión», donde explica el papel de las patrullas civiles y colaboradores rurales.

Gracias a este sistema el Estado fue capaz de crear gratuita y rápidamente una gigantesca fuerza represiva con presencia en todo el país. Además, el número de civiles comprometidos en la represión podía manipularse fácilmente de acuerdo con los cambiantes requerimientos del sistema represivo (Alvarenga, 1996:216).

Al decaer la colaboración de civiles en la represión estatal se creó la Guardia Nacional a la que los campesinos respondieron de forma radical: se articuló políticamente el resentimiento campesino hacia el sistema de dominación. Frente a un control social basado en el terror, los campesinos respondieron con violencia:

Con las mismas armas a tal sistema de terror encubierto pero generalizado.(...) Usando la misma estrategia de ataque sorpresa, en cualquier momento un campesi-

no resentido podía herir(los) y asesinar(los). (Alvarenga, 1996:350)

Con el movimiento radical del 32, «las clases medias y altas, entonces, convirtieron la movilización civil en símbolo de cohesión social» con la constitución de las Guardias Civiles. (Alvarenga, 1996:356-357)

5.1.3 La aproximación a la historia colonial

El periodo colonial en El Salvador ha sido uno de los periodos menos estudiados en el país. Desde las aportaciones de Barón Castro ningún otro historiador había superado las aproximaciones del autor. Aunque sea necesario destacar la obra de Manuel Rubio Sánchez en los setenta sobre el añil (Rubio, 1976) y sobre los alcaldes mayores (Rubio, 1979) con un sentido recopilatorio, muy valioso, por encima del explicativo.

En la década de los noventa, fue posible evidenciar un resurgimiento de la historia dedicada a este periodo. En especial de la mano del historiador Pedro Escalante Arce, con sus obras dedicadas a la historia de los siglos XVI, XVII y XVIII.

La figura de Pedro Escalante Arce hemos de valorarla en diferentes sentidos. En primer lugar, su función de secretario de la Academia Salvadoreña de la Historia desde donde ha motivado algunas publicaciones e impulsado proyectos en un ambiente más bien pasivo hacia la investigación. Por otra parte este autor es fundamental porque ha mantenido el interés acerca de la historia sobre la época de la Colonia, con investigaciones sobre el periodo. Definitivamente es el historiador actual que mejor conoce el pasado de las provincias de San Salvador y Sonsonate. Ha visitado archivos españoles, mexicanos y centroamericanos en busca de documentación para sus escritos. Sin una bibliografía excesivamente amplia, Escalante nos evidencia su ejercicio como historiador con una de sus principales obras *El Códice Sonsonate: Crónicas hispánicas* (Escalante, 1992). Se trata de un libro en dos volúmenes dedicados sistemáticamente a la historia de la provincia de Sonsonate y a su homónima ciudad principal. El libro comienza a partir de la fundación de la Trinidad de Sonsonate, como consecuencia de la agrupación de comerciantes de cacao y del control de los enco-

menderos frente a los indios y concluye a las puertas de la Independencia.

El *Códice* está escrito en una prosa preciosista dedicada a pequeños detalles y a descripciones propias del estilo novelesco. Con un enfoque más descriptivo que explicativo, adopta la formalidad de las citas a pie de página así como citas textuales, producto de las arduas investigaciones del autor y propias de la historiografía académica. Por otra parte, además del estilo general encontramos características propias de la literatura, como diálogos creados en estilo directo.

Al autor le interesan diversos temas articulados cronológicamente en el texto, la fundación, la Inquisición, los indios, los piratas... Sin embargo, se trata más bien de una historia realizada desde arriba, dando prioridad las labores y problemas de los funcionarios de la Corona y de los principales de la villa, los cuales aparecen con nombre y apellidos en las fuentes primarias. Por otra parte, se trata también de un excelente ejemplo de historia local muy bien documentada.

5.1.4 La gran historia de El Salvador

La última versión oficial de la historia del país se realizó en 1994, cuando el Ministerio de Educación publicó dos libros para ser utilizados en el sistema educativo formal salvadoreño. *Historia de El Salvador. Tomo I y II* (Historia, 1994) son libros de texto que funcionan en la práctica como un manual básico de la historia nacional, para todo público, y que ha tenido una gran aceptación y recepción. Estos libros fueron la realización final de un proyecto iniciado en 1985 para redactar la historia patria el cual nunca se llevó a cabo. (Memoria, 1984-1985:38).

El relato histórico da cuenta de los principales procesos ocurridos en el territorio ahora asumido por la nación salvadoreña. De forma que los que inauguran la denominación de salvadoreños son aquellos que habitaron por vez primera el territorio actual, localizados en una aldea de Chalchuapa, (Historia, I:26). El otro límite temporal son los Acuerdos de Paz firmados en 1992, apenas dos años antes de la impresión de los libros. Corresponde, pues, a la interpretación oficial sobre la construcción de la paz y la inau-

guración de una nueva sociedad. La historia de El Salvador queda remarcada con sus símbolos nacionales en forma de anexos, instrumentos necesarios para los rituales cívicos del 15 de Septiembre. El texto contiene fotos, dibujos, mapas y planos, además de una gran cantidad de textos que relatan noticias, o reproducen fuentes históricas que amplían el discurso histórico.

Asimismo, la vertebración del pasado salvadoreño queda definida a partir de grandes procesos históricos, tales como la agroexportación del añil y del café, así como la configuración del Estado. En torno a estos procesos económico-políticos se enmarca la sociedad salvadoreña, la estructuración de los grupos sociales y algunos cambios culturales. Hay, desde luego, una preeminencia de la explicación con respecto de la descripción y un énfasis en los temas políticos, económicos y sociales. Es un claro ejemplo de historia realizada por profesionales. De hecho, los libros han sido realizados por once personas entre los que hay arqueólogos, historiadores, economistas y sociólogos profesionales; cinco de origen salvadoreño y el resto estadounidenses y costarricenses. Todos ellos fueron coordinados principalmente

por Knut Walter, salvadoreño-chileno, con una extensa formación académica en la historia.

La importancia de estos libros de texto hemos de verla en función de varios aspectos. En primer lugar, como ya se ha mencionado, significa la última versión oficial de la historia nacional. Estos textos fueron realizados con la intención de superar las dos interpretaciones de la historia de El Salvador, que presentan una visión del pasado de buenos y malos, héroes y antihéroes, de personajes inventados más que de personas reales. La propuesta de historia de estos libros fue calificada por la Comisión Nacional de Educación, Ciencia y Cultura como «paso firme en la línea de fomentar una visión esclarecedora del pasado bastante realista» (Propuesta, 1995:60) El objetivo pues, era poner las bases para renovar la memoria salvadoreña a partir de unos textos escritos por profesionales y dirigidos por el Ministerio de Educación a la población estudiante.

El impacto de estos libros hemos de valorarlo en dos sentidos. El primero, por su objetivo inicial, el de convertirse en el libro de texto de historia de El Salvador. En este sentido a partir de

la Reforma Educativa implantada en el país desde 1995, la enseñanza de la historia nacional quedó integrada en la materia de Ciencias Sociales. Los programas fueron reformados y disminuyó la importancia de los contenidos históricos, perdiendo, entonces, parte de los objetivos que pretendían cumplir (Viegas, 2003:74). Sin embargo, a pesar de ello, los textos de Historia de El Salvador se han convertido en el manual básico de la historia nacional, debido a la accesibilidad en el precio, la sencillez de la lectura y su vocación conciliadora. Muy a menudo se encuentran estos textos en la bibliografía de consulta de los programas de estudio de Historia de El Salvador en las universidades, según pudimos comprobar en una revisión realizada en el año 2001 en el Seminario Permanente de Investigaciones Históricas.

Sin embargo, esta no ha sido la última aproximación a la historia nacional que se ha realizado en el país. El último proyecto que abarca todos los periodos del pasado de El Salvador ha sido realizado por una institución bancaria, El Banco Agrícola Comercial, en forma de una colección de tres libros sobre los tres principales periodos de la historia. *El Salvador. Antiguas*

civilizaciones (Fowler, 1998) da cuenta sobre la historia precolombina. *El Salvador. La huella colonial* (Fernández, 1999), sobre la historia de los siglos XVI a XVIII y *El Salvador. La República* (Magaña, 2000) explica los principales procesos de la etapa contemporánea hasta 1999.

La colección de libros ha sido realizada por historiadores profesionales. Los dos primeros son obras de un único autor. El arqueólogo estadounidense William Fowler fue el encargado de escribir la historia de las civilizaciones prehispánicas. Mientras que el costarricense José Antonio Fernández se hizo cargo de los aspectos de la historia colonial. El último libro de la colección es responsabilidad de nueve autores, todos salvadoreños de reconocido prestigio en el conocimiento histórico como: Gilberto Aguilar Avilés, Adolfo Bonilla Bonilla, Carlos Castro, Eugenia López, Carlos Gregorio López Bernal, Geovanni Galeas, Roberto Turcios, Arturo Castriello y Knut Walter.

Según el presidente del Banco, Archie Baldocchi, la obra fue realizada «con el objetivo de contribuir a fortalecer la memoria de esta porción centroamericana, que al comprender mejor

su pasado podrá construir con mayor sabiduría su gran porvenir» (Magaña, Tomo I, 2000: 3). Y de hecho, se han convertido en un referente básico del relato histórico del país, por la sencillez de la escritura, sin perder la rigurosidad académica, y sobre todo por su belleza. Se trata de libros de lujo, con profusión de imágenes, a todo color, en un formato grande y una edición muy cuidada. No son libros de fácil consulta por su tamaño, ni accesibles por su precio (el último tiene un precio de más de cien dólares) a la mayoría de la población.

5.2. Los proyectos de historia de la década

5.2.1. Concultura

El Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, inaugurado en noviembre de 1991, a partir de la anterior Dirección Nacional de Cultura del Ministerio de Educación, es el encargado en toda la década de promover los proyectos oficiales en relación a la cultura salvadoreña (Memoria 1991-1992:79). La misión de «contribuir a la consolidación del esfuerzo conjunto entre la sociedad civil y el gobierno para el fortalecimiento de nuestra

identidad cultural» (Memoria, 1991-1992: 80).

Desde Concultura ha habido un interés por la identidad salvadoreña que se ha traducido en varios proyectos de rescate documental, arquitectónico y arqueológico, unido a una labor de difusión a partir de la Dirección de publicaciones.

De esta manera se han realizado proyectos de rescate cultural, en especial de bienes arquitectónicos como el Palacio Nacional. Se inauguró el Museo Nacional de Antropología “Dr. David J. Guzmán” como uno de los centros de difusión más importantes de la identidad salvadoreña en mayo 1998. Aunque, el tercer proyecto importante no se ha materializado todavía, el Museo Nacional de Historia (Memoria 1998-1999:75).

Sin lugar a dudas, el apoyo más importante que ha llevado a cabo Concultura en el desarrollo histórico ha sido a través de la Dirección de Publicaciones, a partir de la *Colección de Historia Salvadoreña* con la reedición de libros y la traducción de otros nuevos. A partir de esta biblioteca, Concultura ha puesto a disposición del público fuentes primarias básicas como las Cartas de Relación de Pedro de Alva-

rado (García de Palacio, 2000), o la visita pastoral de Cortés y Larraz (Cortés y Larraz, 2000). También ha permitido la consulta de obras muy difíciles de encontrar ya en el mercado y básicas como el estudio de Barón Castro sobre la población de El Salvador (Barón Castro, 2000) o los libros más consultados de Lardé y Larín como *El Salvador: historia de sus pueblos, villas y ciudades* (Lardé y Larín 2000), o estudios fundamentales como el de Thomas Anderson sobre 1932 (Anderson, 2000). Además de las reediciones ha sido muy importante la publicación de obras de investigación nuevas como la de Pedro Escalante Arce sobre los tlaxcatlecas. La segunda biblioteca de Historia se está preocupando más por dar a conocer la nueva producción historiográfica; los dos primeros volúmenes han posibilitado el acceso al español de los libros de Héctor Lindo-Fuentes (Lindo-Fuentes, 2003) y de Aldo Lauria Santiago (Lauria, 2003), de los cuales ya hemos hablado de su importancia.

Por otro lado, el Archivo General de la Nación ha tenido en esta década una de las actuaciones más importantes en referencia a la historia. Una de las líneas ha sido la de promover el

rescate de las fuentes primarias. De los dos millones de expedientes con los que cuenta el AGN, se está procediendo a inventariar y catalogar la mayor parte de los fondos. Además, se ha realizado un esfuerzo considerable por establecer redes de cooperación a nivel internacional pero también nacional. Que ya han tenido sus frutos a partir de una primera etapa de un Censo de Archivos a partir de la cooperación española.

Por otra parte, el Archivo ha realizado un impulso muy importante para conseguir iniciar una legislación que contemple el Sistema Nacional de Archivos.

5.2.2. Instituto de Estudios Históricos, Antropológicos y Arqueológicos

En los noventa, la Universidad de El Salvador recuperó el interés por el desarrollo de los estudios históricos a partir del Programa de Estudios Históricos, Antropológicos y Arqueológicos, que tuvo una duración de 1992 a 1994. El programa se convirtió en 1995 en el Instituto de Estudios Históricos, Antropológicos y Arqueológicos, cuyas siglas son IEHAA con la propuesta de:

Crear una entidad que supere el ejercicio *amateur* o diletante, tanto en la forma de la historia 'comprometida' como en la simple recopilación de información sin crítica ni interpretación. (Memoria Programa, 1994:5)

En los dos años de duración del programa se realizaron distintas actividades de rescate documental y arqueológico, pero también de investigación histórica y capacitación. El núcleo del programa lo conformaron Gregorio Bello Suazo, antropólogo; Jorge Arias Gómez, abogado e historiador y Geraldina Portillo, socióloga. El equipo recibió el apoyo de estudiantes becados de la Universidad y otros colaboradores (Memoria 1992-1994:1).

La labor más importante del Instituto ha sido la de trabajar por la difusión de los estudios históricos desde la Universidad, con cursos y talleres de formación histórica. Además de servir de base para las relaciones internacionales, al ser la única instancia universitaria dedicada a la historia prácticamente en toda la década. El Instituto ha sido el núcleo de donde partieron propuestas fundamentales para el desarrollo de la investi-

gación y del proceso de institucionalización de la historia en el país. Así, fue el puntal principal para la organización en el año 2000 del V Congreso Centroamericano de Historia.

Además, al Instituto le debemos el único listado bibliográfico convertido en publicación acerca de la historiografía salvadoreña (Vásquez, 1995), además de un esfuerzo de investigación sobre temas como la tenencia de la tierra o el deporte, que desafortunadamente permanecen inéditos.

5.2.3 Seminario Permanente de Investigaciones Históricas

El nuevo ambiente en relación a la historia vivido a lo largo de la década se materializó en un nuevo espacio de discusión en noviembre de 1999. Un grupo de personas se reunieron en el corredor del Archivo General de la Nación, convocados por su directora, María Eugenia López, con la intención de establecer un diálogo entre los distintos interesados en la promoción de la historia. A este nuevo espacio se le llamó Seminario Permanente de Investigaciones Históricas. Desde entonces, se han reunido el último jueves de cada mes

para platicar y discutir sobre historia de El Salvador.

La existencia del Seminario marca un nuevo tono basado en el diálogo y el respeto entre los interesados en la historia. Entre los miembros del Seminario encontramos personas vinculadas a instituciones y organizaciones muy distintas, y que durante las décadas anteriores habían basado su existencia en el rechazo o la simple ignorancia. La polarización social y política había tenido su correlación esencial en la investigación histórica. Los historiadores de izquierdas habían propuesto una historia nueva de El Salvador, que no se correspondía a la cultivada desde la Academia de la Historia. No existía un diálogo posible entre los miembros de la más vieja institución promotora de la historia en el país y la Universidad de El Salvador.

El nuevo clima de diálogo permitió desde luego que se reunieran en torno a un café y una plática histórica Pedro Escalante Arce, secretario de la Academia, con Jorge Arias Gómez, historiador de izquierdas. De igual manera, la invitación fue extensiva a los historiadores profesionales, formados en el exterior, y a los empíricos, valo-

rando las aportaciones más teóricas de unos con la sabiduría de años de trabajo sobre fuentes históricas locales de los otros. De esta forma, María Eugenia López, con formación en historia en México o Carlos Gregorio López compartían con Avilés y Carlos Cañas-Dinarte, ambos con respetada producción histórica. También fueron bienvenidas distintas universidades, además de la Universidad de El Salvador, fueron representadas la Universidad Tecnológica y la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas". También acudió Mariano Castro Morán, militar con obras sobre el ejército salvadoreño. E incluso, se integraron al grupo dos extranjeras residentes en el país y con formación universitaria en Historia, como Margarita Silva Prada y Josefa Viegas.

No podían faltar en estas reuniones los investigadores extranjeros y los salvadoreños que trabajaban en el exterior. El impulso motivador de estos historiadores fue crucial. Mario Vázquez, mexicano, Aldo Lauria-Santiago, portorriqueño, afincado en Estados Unidos y Héctor Lindo, salvadoreño, residente en el mismo país. Los casos de Leonardo Hernández y Aldo García Guevara fueron producto de la

intensa migración de nacionales a los Estados Unidos, ellos con formación en historia allá, han tomado como objeto de estudio su país de origen.

La valoración de la labor realizada por el Seminario ha de ser puesta en relación al contexto. En primer lugar, el Seminario pudo existir debido a los nuevos tiempos de diálogo que se respiró en toda la década de los noventa. Sin este nuevo clima político y social no habría sido posible la relación distendida entre los miembros tan distintos de la organización. Y posibilitó la conjunción de objetivos comunes por encima de las ideologías e incluso de las trayectorias pasadas.

En segundo lugar, como hemos visto en este artículo, la trayectoria historiográfica en El Salvador ha sido muy pobre y siempre con un problema de acceso a fuentes primarias y en general a bibliografía. En este contexto, un ente que agrupa a muchas personas vinculadas a la labor histórica significó poder realizar una fuerza común a favor de la historia, de las fuentes y del intercambio de las investigaciones. Por ello, aunque la labor del Seminario no ha sido en la línea que indica su nombre,

esto es, la de promover la investigación, sí ha de reconocérsele la capacidad de convertirse en centro de las discusiones en el país. De hecho, los historiadores que llegaban de paso por el país exponían sus investigaciones a los miembros del Seminario, espacio único de este tipo en El Salvador. Y de ahí, hemos de pasar a la parte quizás más importante: el espacio del Seminario además de un sentido académico ha servido para establecer relaciones personales entre los historiadores, facilitando los intercambios entre las instituciones a las cuales pertenecen. De modo que muchas actividades son realizadas por el Seminario como asociación común y solidaria entre todos. Y en todo caso, las iniciativas de cualquier institución se apoyan desde el Seminario. Este clima de solidaridad y respeto mutuo hemos de enfatizar que es prácticamente único en el país y que promete un desarrollo fructífero en el futuro.

Los logros inmediatos del Seminario hay que verlos entonces desde esa perspectiva relativa. En el contexto de este pequeño país, dolido por la guerra y la anterior polarización política y social, el Seminario se convirtió en el espacio promo-

tor del desarrollo de la historia. Gracias a este espacio de solidaridad, algunos proyectos de trabajo han sido compartidos por los miembros o se han promovido acciones a favor de personas o instituciones pertenecientes al Seminario. Por ejemplo, se apoyó la creación de la carrera de Historia en la Universidad de El Salvador, siendo el grupo que la conformó miembro del Seminario. La compra de los terrenos del sitio arqueológico Ciudad Vieja, primer asentamiento de la ciudad capital, fue en parte debido al apoyo de los miembros del Seminario. Además, el Seminario ha promovido algunas conferencias y siempre ha servido de apoyo y difusión a los historiadores locales y extranjeros que deseen dar a conocer sus investigaciones sobre El Salvador. Definitivamente, el acontecimiento más importante que ha promovido el Seminario fue el Primer Encuentro de Historia de El Salvador, realizado en julio de 2003 con sede en la Universidad de El Salvador, a dos años de creada la Licenciatura en Historia. Este, aunque fuera del periodo establecido, no podría obviarse, puesto que se trata del cúlmen de un proceso que comienza algunos años antes.

5.2.4. Las carreras de historia

Como hemos visto, la aspiración de contar con una carrera de Historia en el país, no tuvo mucho éxito en los años sesenta. Sin embargo, en la década de los noventa hubo tres proyectos distintos para impulsar la institucionalización de la historia en la Universidad, de los cuales sobreviven dos.

La Universidad Tecnológica abrió la «Carreras de la Cultura» en 1999. Desde entonces fue posible estudiar Antropología, Historia y Arqueología en el país. En este momento, asumieron a tres alumnos de Arqueología de un proyecto efímero anterior llamado Universidad San Jorge. La San Jorge tuvo la intención de iniciar en esas tres carreras, sin embargo, únicamente comenzaron la Licenciatura en Arqueología. En cierta manera, las carreras de la Cultura son herederas de aquel proyecto frustrado. En todo caso, la licenciatura en Historia de la Tecnológica tiene como reto mejorar su plan de estudios, para adaptarlo a las necesidades de un futuro historiador de El Salvador.

La apertura de la Licenciatura en Historia de la Universidad de El Salvador, en el 2002, significó el cúlmen de un

proceso de relaciones y presiones. Para la aprobación del plan de estudios fue fundamental la celebración del V Congreso Centroamericano de Historia en julio de 2000.

La presencia de salvadoreños en estos congresos centroamericanos había sido mínima, teniendo en cuenta la pobreza historiográfica del país. El V Congreso tuvo como sede la Universidad de El Salvador, en concreto, en el Instituto de Estudios Arqueológicos, Históricos y Antropológicos. El evento fue todo un éxito en la convocatoria y, lo más importante, en cuanto a la discusión histórica. En el discurso inaugural, la Rectora de la Universidad, María Isabel Rodríguez, se comprometió a aperturar la carrera de historia como parte de su proyecto de cambio para la única institución pública de enseñanza superior en el país.

Tras dos largos años de discusiones, preparación del plan de estudios con apoyo de historiadores costarricenses y mexicanos y una difícil selección del personal, y tras los trámites administrativos pertinentes la Licenciatura en Historia, comenzó sus clases el Ciclo I del 2002, con más de treinta estudiantes,

la primera generación de historiadores académicos formados en la Universidad de El Salvador. Desde ese momento el personal de la Licenciatura ha realizado múltiples actividades académicas como cursos y conferencias. El desarrollo académico ha sido posible en gran medida, al apoyo de instancias internacionales.

5.2.5 Un proyecto común: Primer Encuentro de Historia de El Salvador

El Primer Encuentro de Historia fue celebrado del 22 al 25 de julio de 2003, en la Universidad de El Salvador. Fue la primera ocasión en que se ha realizado un congreso de carácter nacional para discutir sobre el pasado salvadoreño, y fue posible gracias a los nuevos tiempos favorables para la Historia y al espacio de cooperación del Seminario Permanente de Historia. De este modo, el Comité Organizador, todos miembros del Seminario, trabajaron conjuntamente para el éxito del Encuentro. La sede fue la Universidad de El Salvador, y en concreto los investigadores de la Licenciatura en Historia fueron claves para la organización en el campus universitario. Además de la Licenciatura, el Comité estuvo compuesto por

el Archivo General de la Nación, el IEHAA, la Universidad Tecnológica, la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, la Fundación “Manuel Gallardo” y Fordham University de Nueva York. Sin embargo, el congreso no pudo haberse realizado sin el apoyo de embajadas y fundaciones y Concultura, que vieron en el congreso una oportunidad para cristalizar los esfuerzos realizados en varios sentidos por la historia del país (Informe, 2003:2).

En el aspecto académico, el Primer Encuentro nos ofrece una radiografía de la situación de los estudios históricos sobre El Salvador. Del total de 47 ponencias y conferencias, 24 fueron presentadas por extranjeros, lo cual es un indicio del peso historiográfico de los historiadores extranjeros, y de los estadounidenses en particular. El mismo número de ponencias, 24, fuera presentado en la mesa de Historia del siglo XX, lo cual muestra la preferencia por el estudio del último siglo (Informe, 2003:3).

6. Perspectivas para el siglo XXI

El panorama es alentador. Dos carreras de historia en el país, diversas instituciones en un clima de diálogo y solidaridad abogando por el estudio y la difusión de la historia. A todo ello se une el interés de la sociedad salvadoreña por buscar su identidad en relación a tiempos pasados. Sin embargo, el reto fundamental es garantizar la permanencia de los distintos proyectos, abonar por su continuidad. La tónica general, como hemos visto en estas últimas décadas, ha sido la imposibilidad de institucionalizar proyectos con un carácter de mediana duración, ya que distintos acontecimientos provocaron que los logros no se acumularan o no lo hicieran en la medida en que habían sido programados.

Los grandes programas promovidos, incluso por el gobierno, como el de los años cincuenta, o por la Universidad con el IAGH a finales de los setenta, no pudieron desarrollar todo su potencial. En este sentido, ¿el clima de diálogo y cooperación entre las distintas asociaciones, será suficiente para garantizar una red que signifique una base sobre la que se construyan distintos proyectos a favor de la

historia? Este es uno de los principales retos, hacer permanentes los cambios a favor de una historia académica.

Otro de los retos de los nuevos tiempos es la necesidad de coordinar los objetivos académicos con la sociedad en cambio que vivimos en la actualidad en El Salvador. Y este hecho es absolutamente oportuno ya que en la medida en que la historia y los historiadores aporten al conocimiento de la realidad los proyectos en historia podrán ser viables. En esta línea, también los 'hermanos lejanos', los dos millones de salvadoreños migrantes, la mayoría radicados en los Estados Unidos, están demandando respuestas sobre la salvadoreñidad. Los historiadores deben tener en cuenta estos cambios en la nueva sociedad y deben aportar conocimiento para su comprensión. La historiografía salvadoreña debe arrojar luz sobre los problemas del presente, es una historiografía en construcción, que necesita consolidarse y no lo hará si no está relacionada con la realidad. De esta forma, los futuros historiadores, podrán incorporarse al desarrollo del país. Para ello es fundamental la constitución de una agenda propia de investigación; que responda a las necesi-

dades de la sociedad salvadoreña, a la resolución de problemas propios más que a preguntas de historiografías de otros países.

Para los historiadores también será un reto posicionarse en la disputa social por la memoria. En un momento en que existen distintas interpretaciones sobre los acontecimientos del pasado, en especial sobre la guerra civil, de parte de la sociedad, se demanda una interacción con el pasado. Sin una historiografía fuerte y consolidada, las diferentes interpretaciones políticas y sociales acerca de nuestro tiempo pasado pueden definitivamente afectar a la imagen en construcción de los historiadores. Este posicionamiento es aún más difícil cuando los nuevos historiadores deben comprometerse con los problemas sociales que aquejan a la sociedad salvadoreña.

La nueva historiografía debe ampliar sus horizontes, mantener y optimizar las redes creadas hasta el momento con personas de países centroamericanos, de Estados Unidos y de Europa. Estas redes fortalecen los proyectos en la medida en que significan apoyo de materiales, formación e intercambio.

Uno de los principales re-

tos es desde luego en referencia a las fuentes. Se debería realizar un compromiso conjunto para evitar la pérdida por el descuido o desastre de la documentación. La tecnología ayuda, pero no lo es todo. Es esencial una buena organización de las fuentes, y sobre todo, una legislación que la proteja. En ese sentido, es necesario promover desde todos los sectores vinculados a la investigación histórica la ley del Sistema Nacional de Archivos, en apoyo al Archivo General de la Nación.

En definitiva, reflexionar sobre el quehacer de los historiadores es esencial para todos los que nos dedicamos a este oficio de historiar, significa mirarnos al espejo y enfrentarnos a preguntas diversas, entre ellas una fundamental ¿para qué la historia?

La historiografía salvadoreña es apasionante, la historia y las diferentes visiones del pasado han estado presentes en estas últimas cinco décadas en el candelero político y social. Detrás, por supuesto, han estado los historiadores, doctos en el pasado.

Como hemos visto en estos últimos cincuenta años, hablar de historiografía significa

hacer referencia a dos historias o al menos de dos formas de ver el pasado. Hemos hablado de la historia patria, aparentemente neutral, propia de toda nación, la cual se apropia del pasado y la hace suya, difundiéndola como parte de la «religión cívica» o desde las escuelas y de todas las representaciones públicas. Enfrentada a esta visión encontramos la explicación desde la izquierda acerca del pasado salvadoreño. Una propuesta que consiste en distintos libros de varios autores con aproximación desde diferentes estilos: historia épica, historia popular, cultural desde abajo, historia económica, biografías... En definitiva, la propuesta historiográfica desde la izquierda se nos ofrece por escrito, se trata de un discurso escrito en forma de artículos y de libros, consciente, analítica, producto de investigaciones documentales.

Es difícil, si no imposible, encontrar la imagen especular de la historia de derechas. No encontramos con facilidad un listado similar de obras históricas de interpretación como en la historia de izquierdas.

Evidentemente esta aproximación de derechas a la historia de El Salvador existió

y existe, solo que no hemos de «leerla» en el sentido historiográfico habitual, es decir, el de la historia escrita. Hemos de recogerla a partir de otras aproximaciones, como las acciones políticas, los silencios, en los discursos políticos...

A la izquierda, la apropiación del pasado le sirvió para articular y legitimar su acción social revolucionaria en contra del autoritarismo del Estado. De igual manera a la derecha, el pasado funcionaba como articulador del miedo, en especial, al comunismo y de la justificación de sus decisiones. La diferencia esencial entre ambas es que la izquierda lo realizó «desvelando» la historia con textos escritos por intelectuales de diferente origen académico mientras que la derecha a partir de otros elementos que utilizan otros lenguajes.

De esta manera, el conflicto por el pasado tiene como uno de sus bases los libros de historia, pero tiene su cancha de combate el espacio político y social. En este sentido, podemos evidenciar y visualizar el conflicto a propósito del pasado acercándonos al problema desde otro enfoque más culturalista que historiográfico y a partir

de otras fuentes. La discusión en referencia a la memoria tiene distintos discursos en continuo choque, el cual encontramos en diversos espacios de la sociedad.

Mi propuesta es la siguiente:

- Es necesario profundizar en la investigación historiográfica para valorar el papel de la historia escrita y de los historiadores como sujetos sociales, además de investigadores históricos. En este caso me parece valiosísima la figura de Lardé y Larín, historiador vinculado toda la vida a instancias oficiales y presente a lo largo de las cinco décadas.
- Hemos de incluir a otras personas que se involucran en el conflicto sobre el pasado, pero también es fundamental tomar en cuenta a otros intelectuales que (re) interpretan el pasado como los artistas o los literatos y difunden sus ideas en la sociedad.
- Otro punto crucial es la educación y el papel de la escuela como formadora de identidad, en especial en referencia al pasado. Por ejemplo, el cambio producido desde los años cincuenta en pos de

una educación que apoyara el proyecto industrializador no se ha investigado en profundidad .

- Por otra parte, también han sido muy importantes los sistemas no formales de educación para la información y formación de la izquierda, especialmente. Estas redes de personas son canales a partir de los cuales circuló la lectura de izquierdas de la historia. Previamente, la 'historia intelectual' de izquierdas se tamizó, concretó, compactó y sintetizó para ser asimilada a modo de «catequismo» por todos y todas los movilizados.

7. Bibliografía

- “Acuerdo de Creación de Proyecto IAGH” [1977], Documentos, n° 1, , pp. 119-127, San Salvador, IAGH.
- Alvarenga, Patricia [1996]. *Cultura y ética de la violencia*. El Salvador 1880-1932, San José, EDUCA.
- Anderson, Thomas, [1971]. *Matanza. El Salvador's Communist Revolt of 1932*, Lincoln University of Nebraska Press, (1a. ed en inglés)
- Anderson, Thomas, [1982]. *El Salvador. 1932. Los sucesos políticos de 1932*. San José, EDUCA, , 2ª. Ed.
- Arias Gómez, Jorge [1964]. “Anastasio Aquino. Recuerdo, Valoración y Presencia”. *La Universidad*, N° 1-2, pp. 61-112, Universidad de El Salvador.
- Arias Gómez, Jorge. [1972]. *Farabundo Martí. Esbozo biográfico*, San José, Educa.
- ARIAS GÓMEZ, Jorge [1995]. *Farabundo Martí. Esbozo biográfico*. San José, Educa, (3ª ed)
- Bibliografía salvadoreña: lista preliminar por autores, 1952, San Salvador, Biblioteca Nacional.
- BARÓN CASTRO, Rodolfo [1942]. *La población de El Salvador. Estudio acerca de su desenvolvimiento desde la época prehispánica hasta nuestros días*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.
- BARÓN CASTRO, Rodolfo [1978]. *La población de El Salvador. Estudio acerca de su desenvolvimiento desde la época prehispánica hasta nuestros días*. San Salvador, UCA Editores.
- BARÓN CASTRO, Rodolfo [1958].

- «Plan para la preparación de una colección de documentos relativos a la historia de El Salvador», *Cultura*, n° 14, Julio-Diciembre, pp. 225-240. Dirección de Publicaciones
- BARÓN CASTRO, Rodolfo [1950], *Reseña histórica de la villa de San Salvador dese su fundación en 1525, hasta que recibe el título de ciudad en 1546*, Madrid, Cultura Hispánica.
- BARÓN CASTRO, Rodolfo [1996]. *Reseña histórica de la villa de San Salvador dese su fundación en 1525, hasta que recibe el título de ciudad en 1546*, San Salvador, Concultura.
- “Bases para el quinto Certamen Nacional de Cultura”, 1959, *Cultura*, No 14, Julio-Diciembre, p.262
- «Breve reseña de la investigación en la UES, 1944-2000, 2001?». San Salvador, Consejo de Investigaciones Científicas de la Universidad de El Salvador, (mimeo)
- Browning, David [1971], *El Salvador. Lanscape and society*, Londres, Oxford University Press, (1ª ed en inglés)
- Browning, David [1975]. *El Salvador. La tierra y el hombre*, San Salvador, Dirección de Publicaciones, (1ª ed. Español).
- CAÑAS- DINARTE, Carlos [2002]. *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*, San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos,
- CERNA CHAVARRIA, Efraín, y VELASQUEZ, José Humberto, 1979, *Materiales para el estudio de David J. Guzmán*. San Salvador, Editorial Universitaria.
- Concurso de Ensayo Histórico. 1961, *Cultura*, No 20, Abril-Junio, p. 102
- DALTON, Roque [1980]. *Las historias prohibidas de pulgarcito*, México, Siglo XXI Editores, 5ª ed. (1ª ed. 1974)
- Dalton, Roque. *Monografía, s/f, s/u.*
- Dalton, Roque [1993]. *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*. San Salvador, UCA editores, (1ª ed.)
- “DECLARACIÓN de la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina celebrada en México en 1965”, 1965, *Economía Salvadoreña*, n° 32, Ju-Dic, pp. 135-146
- Ellacuría, Ignacio [1991]. *Veinte años de historia de El Salvador 1969-1989. Escritos políticos*, 3 tomos, San Salvador, UCA editores, Ellacuría, Ig-

- nacio, Filosofía de la realidad histórica, San Salvador, UCA editores, 1990
- Escalante Arce, Pedro [1992]. *El Códice Sonsonate: Crónicas hispánicas*, San Salvador, Dirección de Publicaciones.
- Estatutos. Crónica de su historia. 2003, San Salvador, Academia Salvadoreña de la Historia.
- Fernández, José Antonio [1999]. *El Salvador. La huella colonial*, San Salvador, Fomento Cultural del Banco Agrícola Comercial.
- Fowler, William [1998]. *El Salvador. Antiguas civilizaciones*, San Salvador, Fomento Cultural del Banco Agrícola Comercial.
- García, Miguel Ángel [1926-1956]. *Diccionario Histórico-Enciclopédico de la República de El Salvador*, San Salvador, distintas editoriales,
- González, Antonio [1990]. "Prólogo". En Ignacio Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*, San Salvador, UCA editores.
- Guía. Universidad de El Salvador, 1962. San Salvador, Editorial Universitaria.
- GUIDOS VÉJAR, Rafael [1982]. *Ascenso del Militarismo en El Salvador*, San José, Educa (2ª ed.).
- Herodier, Gustavo [1997]. *San Salvador. El esplendor de una ciudad. 1880-1930*, Trade Litho.
- Herrera, Sajid [1995]. "Aproximación al método de historiación de Ignacio Ellacuría" en Primer Encuentro mesoamericano de filosofía, San Salvador, UCA editores, pp. 31-49
- MINED [1994]. *Historia de El Salvador*. Tomos I y II, San Salvador, Ministerio de Educación.
- Informe Final «Primer Encuentro de Historia de El Salvador», 22-25 de Julio de 2003. 2003, San Salvador, Universidad de El Salvador.
- Lardé y Larín, Jorge [1957]. *El Salvador: historia de sus pueblos, villas y ciudades*, San Salvador, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura.
- Lardé y Larín, Jorge [2000]. *El Salvador: historia de sus pueblos, villas y ciudades*, San Salvador, Dirección de Publicaciones.
- Lardé y Larín, Jorge [1978]. *El Salvador: inundaciones e incendios, erupciones y terremotos*, San Salvador, Academia de Historia.
- Lardé y Larín, Jorge [1983]. *El*

- Salvador: Descubrimiento, conquista y colonización*, San Salvador, Academia de Historia.
- Lauria Santiago, Aldo [2002]. *Una república agraria. Los campesinos en la economía y la política de El Salvador en el siglo XIX*, San Salvador, Dirección de Publicaciones.
- Lauria Santiago, Aldo [1999]. *An agrarian republic: commercial agriculture an the politics of peasant communities in el Salvador, 1823-1914*, Pittsburg, University of Pittsburg Press.
- Lindo-Fuentes, Héctor [1990]. *Weak foundations: The Economy of El Salvador in the Nineteenth Century*, Berkeley, University of California Press.
- Lindo-Fuentes, Héctor [2002]. *La economía de El Salvador en el siglo XIX*. San Salvador, Dirección de Publicaciones,.
- López Bernal, Carlos Gregorio, [1998]. «El proyecto liberal de nación en El Salvador, 1876-1932». Tesis de Maestría, Universidad de Costa Rica,. (inédita)
- Magaña, Alvaro [2000]. *El Salvador, La República*. Tomo I y Tomo II, San Salvador, Fomento del Banco Agrícola Comercial.
- MARROQUIN, Alejandro Dago-
berto [1959]. *Panchimalco. Investigación sociológica*, San Salvador, Editorial Universitaria.
- MARROQUIN, Alejandro Dago-
berto [1974]. *Panchimalco. Investigación sociológica*, San Salvador, Dirección de Publicaciones.
- MARROQUÍN, Alejandro Dago-
berto [1962]. *Teoría de la Historia*, San Salvador, Editorial Universitaria.
- MARROQUÍN, Alejandro Dago-
berto [1977]. "Estudio sobre la Crisis de los Años Treinta en El Salvador". En Pablo González Casanova, *América Latina en los Años Treinta*, México, UNAM.
- Martín-Baró, Ignacio [1983]. *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*, San Salvador, UCA editores.
- Martín-Baró, Ignacio [1997]. *Psicología de la Liberación*, Trotta, Madrid.
- MEMORIA DEL MINISTERIO DE CULTURA de 1950-1951 a 1958-1959, San Salvador.
- Memoria del Ministerio de Educación, 1984-1985, San Salvador.
- Memoria 1992-1994. Programa de Estudios Históricos, An-

- tropológicos y Arqueológicos, Universidad de El Salvador.
- MENJÍVAR, Rafael [1961]. «Breves apuntes históricos del Régimen de Propiedad Agraria en América Latina», *Economía Salvadoreña*, n° 23-24, en-dic, San Salvador, pp. 43-54.
- MENJÍVAR, Rafael [1969]. *Reforma Agraria*. Guatemala, Bolivia, Cuba, San Salvador, Editorial Universitaria
- MENJÍVAR, Rafael [1979]. *Formación y lucha del proletariado industrial salvadoreño*, San Salvador, UCA editores, (1ª ed).
- MENJÍVAR, Rafael [1980]. *Acumulación originaria y desarrollo del capitalismo en El Salvador*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana.
- MENJÍVAR, Rafael [1995]. *Acumulación originaria y desarrollo del capitalismo en El Salvador*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana, (2ª ed).
- Montes, Segundo [1978]. «Sociología del campesinado salvadoreño (el compadrazgo)». Tesis de Doctorado en Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.
- Montes, Segundo [1992]. *El Salvador 1989: las remesas que envían los salvadoreños de EEUU: consecuencias sociales y económicas*, San Salvador, UCA editores
- Pérez Brignoli, Héctor [1995]. «Indians, Communist, and Peasants: The 1932 Rebellion in El Salvador». En Roseberry, Gudmundson, Samper, *Coffee, society and power in Latin America*, Baltimore-London, Johns Hopkins University Press, pp. 232-261.
- Propuesta: Transformar la Educación para la Paz y el Desarrollo de El Salvador. Documento de la Comisión Nacional de Educación, Ciencia y Desarrollo [1995]. San Salvador, Ministerio de Educación.
- “Proyecto Investigaciones Antropológicas, Geográficas e Históricas” [1977]. *Documentos*, N° 1, Vol. 1, San Salvador, Universidad de El Salvador, pp. 119-127.
- ROJAS BOLAÑOS, Manuel. «La Política». En Héctor Pérez Brignoli (ed.), *De la Posguerra a la Crisis, Historia General de Centroamérica*, vol, V, pp. 86-1563
- ROPERO-REGIDOR, Diego. [1996]. «A propósito de Barrón Castro y su *Reseña histó-*

- rica de la Villa de San Salvador»* Cultura, N° 77, sep-dic., pp. 21-31.
- Rubio Sánchez, Manuel [1976]. *Historia del añil o xiquilite en Centro América*, San Salvador, Ministerio de Educación,
- Rubio Sánchez, Manuel [1979]. *Alcaldes Mayores: historia de los alcaldes mayores, justicias mayores, gobernadores intendentes, intendentes corregidores y jefes políticos, de la Provincia de San Salvador, San Miguel y San Vicente*, San Salvador, Ministerio de Educación.
- “Seminario» [1963]. *Cultura*, No 29, Julio-Agosto-Septiembre, p. 154.
- Silva Prada, Margarita y Viegas, Fina [2003], «Estado de la historiografía salvadoreña». *Repositorio* No 1, III Epoca. Archivo General de la Nación, pp. 114-118.
- Sols Lucia, José [1999]. *La teología histórica de Ignacio Ellacuría*, Madrid, Editorial Trotta.
- Vásquez, Mario [1995]. «Bibliografía Historiográfica de El Salvador». Colección Antropología e Historia n° 2. San Salvador, Instituto de Estudios Históricos, Antropológicos y Arqueológicos de la UES.
- VÁZQUEZ, Mario [Enero-Febrero-Marzo de 2003]. «País mío no existes. Apuntes sobre Roque Dalton y la historiografía contemporánea de El Salvador». *Humanidades* N° 2, San Salvador, pp. 87-102.
- VELÁSQUEZ, José Humberto [1979]. «Por las calles de San Salvador Antiguo. La antigua cárcel de Candelaria», *Cuadernos de Ciencias Sociales*, n° 2, año I, septiembre - octubre, p. 7-18.
- Viegas, Fina [2003]. «Historiografía salvadoreña de finales de siglo XX: los libros de texto de Historia de El Salvador», *Humanidades* No 3, abril-julio, , pp. 66-74.
- WALTER, Knut [2000]. «Ideales igualitarios y autodeterminación. 1961-1972». En *El Salvador: La República*, Tomo II, San Salvador, Banco Agrícola Comercial, pp. 468-501.
- WALTER, Knut [2000]. «Heridos por la historia: La retórica de la intransigencia. 1972-1979». En *El Salvador: La República*, Tomo II, San Salvador, Banco Agrícola Comercial, pp. 532-565.
- WALTER, Knut [2000]. «La apro-

piación de las verdades. 1979-1989». En *El Salvador: La República*, Tomo II, San Salvador, Banco Agrícola Comercial, pp. 566-619.

WALTER, Knut [2000]. «Re-

flexiones al final de una era: Entre la razón y el espíritu nacional». En *El Salvador: La República*, Tomo II, San Salvador, Banco Agrícola Comercial, , pp. 622-647.

